



UNAM IZTACALA

**Universidad Nacional Autónoma de México**

**Facultad de Estudios Superiores Iztacala**

**LA TERAPIA DE JUEGO CENTRADA EN EL NIÑO  
COMO FACILITADORA DE LAS HABILIDADES  
SOCIALES EN NIÑOS “AGRESIVOS”  
ENTRE 4 Y 11 AÑOS**

T E S I N A  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA  
P R E S E N T A  
**NIXMA NAYELY ARREGUÍN SALVATIERRA**

Directora: Lic. **María Esther Rodríguez De La Rosa**  
Dictaminadores: Mtra. **Guadalupe Concepción Meléndez Campos**  
Lic. **María de los Ángeles Herrera Romero**



Los Reyes Iztacala, Edo. de México

2010



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

# ÍNDICE

INTRODUCCION	1
<b>Capitulo 1. El desarrollo de las habilidades sociales en niños</b>	<b>6</b>
1.1 Definición de sociedad	6
1.2 La importancia de la sociedad	8
1.3 La sociedad y el niño	11
1.4 Relaciones interpersonales	14
<b>Capitulo 2. Agresividad infantil</b>	<b>19</b>
2.1 Antecedentes de la agresividad infantil	19
2.1.1 Definición de agresividad	23
2.2 Causas de la agresión infantil	26
<b>Capitulo 3. El juego infantil</b>	<b>30</b>
3.1 Concepto de juego	31
3.2 Tipos de juego	34
3.3 La importancia del juego...	36
<b>Capitulo 4. La terapia de juego centrada en el niño.</b>	<b>40</b>
4.1 Aspectos generales de la terapia de juego centrada en el niño	41
4.2 Fundamentos teóricos de la terapia de juego centrada en el niño	43
4.2.1 La tendencia actualizante para el desarrollo del niño.	
4.3 Modo de intervención de la terapia de juego centrada en el niño "agresivo"	50
4.3.1 El niño como individuo	53
4.3.2 El terapeuta como facilitador en el proceso de la terapia de juego	56

4.4 Material y cuarto de juegos que se sugieren para el desarrollo de la terapia de juego centrada en el niño “agresivo”	58
4.5 Relevancia para la psicología actual	62
CONCLUSIONES	65
REFERENCIAS	69

## Resumen

La terapia de juego es una disciplina que surgió después de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, muchos han sido los especialistas encargados de aplicarla en diferentes contextos y empleando diversas técnicas y aproximaciones teóricas, pues constituye una alternativa de tratamiento para niños que permite a estos últimos expresarse sin límites.

El siguiente trabajo, tiene como finalidad mostrar un enfoque que se preocupa por la concepción del individuo y la importancia de las relaciones interpersonales tener relación con las demás personas. Este enfoque se deriva de un marco de referencia humanista; el enfoque centrado en la persona desarrollado por Rogers, en donde el método terapéutico del humanismo es crear un “ambiente” psicológico adecuado, sin condiciones de valor, sin juicios valorativos sobre las conductas individuales, la construcción con el respeto, la honestidad que ayuda al desarrollo del potencial de crecimiento del individuo a alcanzar su verdadero yo, y a llegar a la autorrealización. Sin embargo, esta terapia ha sido utilizada en su mayoría en adultos, en el presente trabajo se pretende describir una alternativa centrada en el niño o niña para favorecer las habilidades en las relaciones interpersonales (sociales), siendo esta la terapia de juego centrada en el niño. Asimismo, en la terapia no existe la clasificación de conductas, por lo cual va a facilitar el desarrollo de cualquier individuo, y en este trabajo se presentará en forma más detallada la terapia de juego centrada en niños catalogados como “agresivos” de 4 a 11 años de edad, adaptada por Virginia Axline. Para el objetivo anterior se hará una revisión histórica y teórica de la terapia de juego centrada en el niño.

## INTRODUCCIÓN

Feixas y Miró (citados en Naranjo, 2004) ostentan ampliamente la formación del movimiento humanista, éstos señalan que entre sus antecedentes principales se puede mencionar el funcionalismo de James Dewey, con su visión del ser humano como ser activo, volitivo y social; el conductismo “intencional” de Mc Dongall; la influencia del psicoanálisis tal como llegó con los neopsicoanalistas, Karen Horney, Erick Fromm y otros; Alfred Adler quien a su vez ejerció una gran influencia en el pensamiento de Maslow y filósofos como Paul Tillich y Martin Buber. No obstante se considera que el antecedente más claro es la escuela de la Gestalt, a través de Kurt Goldstein, quien manifiesta su concepción del organismo humano como una totalidad y su tendencia a la autorrealización como una fuerza impulsiva que pone al organismo en actividad.

En la década de los treinta, se pueden encontrar signos del movimiento humanista y la concepción de las necesidades humanas en las obras de Allport y Murray. En la década de los cuarenta se dan los primeros aportes terapéuticos con Rogers y las propuestas de Maslow sobre la motivación, estas tendencias cobran fuerza en la década de los cincuenta. En los años sesenta, la constitución de la American Association of Humanistic Psychology y la publicación del Journal of Humanistic Psychology marcan el nacimiento de la psicología humanista. A partir de esta década, el movimiento humanista crece debido a la reivindicación de los valores humanos y naturales que dominó en esa época. Así mismo, Romero (2003) afirma que aunque la psicología humanista es un avance reciente, sus orígenes se remontan muy atrás en la filosofía y la historia de la psicología. Así mismo, Sánchez (2005) menciona que ésta surge como una necesidad de contraponer el malestar por el cual la sociedad pasaba como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, la amenaza de la bomba atómica, la guerra fría y por consiguiente la insatisfacción social.

El movimiento humanístico en la psicología, es denominado como la tercera fuerza de la psicología contemporánea como reacción del conductismo y el psicoanálisis

(Sánchez, 2006). Sin embargo, Romero (2003) menciona que el marco de referencia humanista surge influido por las teorías psicoanalíticas, la filosofía existencial y fenomenológica y la escuela de la Gesta, así que más que un marco teórico supone una técnica de análisis. Asimismo, destaca la importancia de la percepción particular de la realidad como determinante de la conducta individual en cada momento. La psicología humanista expresa que el comportamiento del ser humano se produce como consecuencia de la percepción de la realidad que tiene en el momento de actuar el agente, conceptualiza al ser humano como un ser pensante e independiente, con control sobre su vida y plenamente responsable de sus actos y su conducta, sin apelar a causas subyacentes del comportamiento para explicarlo; rechaza, por tanto, el concepto de enfermedad mental y las etiquetas diagnósticas y entiende que todo comportamiento puede considerarse normal si se analiza ese comportamiento desde su forma de ver el mundo. Finalmente relega a un plano de menor importancia la dimensión histórica del comportamiento individual centrándose en el presente del individuo, en su *aquí y ahora* (Sánchez, 2005).

Sánchez (2006) menciona que Rogers como padre de la psicología humanista, ha impactado con la fenomenología como la búsqueda en el discurso del otro y en el propio, para poder escuchar y responder a partir de la descripción de la experiencia tal como se da en forma inmediata en la conciencia, sea ésta de índole prereflexiva o reflexiva, exponiendo a la conciencia no en el sentido freudiano de ser consciente de algo, sino de la conciencia como el fluir perceptual propio de la constitución del Ser, tal y como la comprende el existencialismo europeo.

Desde esta perspectiva el individuo no es producto del pasado, el inconsciente o el ambiente; más bien, ejercen el libre albedrío en la búsqueda de su potencial interior. No son parches fragmentos de cogniciones, sentimientos y aspiraciones, sino seres unificados, completos y únicos. Entender es apreciar esas cualidades y esta comprensión sólo puede lograrse a través de la conciencia de la experiencia de la persona (O'Connor, 200; Ellis, Abram; Dendelegi, 2008).

Romero (2003) menciona que, a lo largo del desarrollo normal del sujeto y siempre que el medio sea lo suficientemente estimulante, la interacción del sujeto con el medio le permite delimitar diferencias de su yo en la realidad y generar su autoconcepto. Este autoconcepto está estrechamente relacionado con la valoración de los actos del individuo por las personas que lo rodean. Así, un acto enjuiciado de forma positiva por las personas significativas del sujeto predispone a explorar nuevas experiencias y a afrontar con mayor posibilidad de éxito su nueva acción. Sin embargo la incongruencia entre el juicio de los demás y el proceso de autorrealización puede llevar al individuo a conflictos de tipo inconsciente que entorpezcan su desarrollo satisfactorio. Es así que, el hombre por naturaleza es un ser social que necesita de su entorno para tener un desarrollo óptimo, sin embargo existen niños que no desarrollan eficazmente sus habilidades sociales y emiten comportamientos que perturban a otro ser social o se perturban a sí mismo, asimismo estos niños pueden ser catalogados como niños “agresivos” y su inserción social se ve afectada y ésta a su vez va a afectar el desarrollo potencial de éste. De esta forma se piensa que es necesario fomentar una alternativa que brinde un espacio en donde el niño pueda desarrollar las habilidades necesarias para integrarse a la sociedad y alcanzar la tendencia actualizante que le permita crecer, desarrollarse y realizar su total potencialidad.

Para Craig y Baucum (2001), Rogers trataba de averiguar las causas de la ansiedad, de la poca autoestima y del escaso sentido del valor personal, lo mismo que los problemas interpersonales de sus pacientes. Para él, la naturaleza humana consta esencialmente de impulsos sanos y constructivos. Al nacer estamos preparados para ser “buenos” individuos y miembros de la sociedad, pero a medida que nos desarrollamos la sociedad nos “corrompe”. Varias personas en nuestra vida, comenzando por nuestros padres, nos imponen condiciones de valor: “no hagas esto, no hagas lo otro” porque de lo contrario serás una persona sin valor. El que interioriza tales condiciones adquiere poca autoestima, un sentido de fracaso, ansiedad y desesperación recurrentes. Las condiciones interiorizadas se convierten en criterios inalcanzables de perfección. Con una sola vez que se porten mal, quedarán como niños malos. Es así, que el objetivo del presente



trabajo, es brindar una alternativa centrada en el niño o niña para favorecer las habilidades sociales en niños catalogados como “agresivos” de 4 a 11 años de edad, ésta propuesta es la terapia de juego centrada en el niño desarrollada por Carls Rogers y adaptada por Virginia Axline.

El presente trabajo partirá de los conceptos fundamentales de los planteamientos de Rogers, los cuales son: 1) toda persona tiene un potencial de desarrollo innato que tiende al crecimiento individual y hacia la consecución de metas positivas, él denomina a este concepto *potencial de autorrealización*. 2) así mismo propone que nos veamos a nosotros y a los demás con una consideración positiva incondicional, expresión que para él significa aceptar en forma afectuosa sin reservas ni condiciones al otro como un ser humano valioso (Craig y Baucum, 2001).

Finalmente, Sánchez (2005) menciona, que la tarea de un terapeuta es favorecer apertura, activar energía, facilitar cambios, en tanto este solo y libre de amenazas, transita hacia la igualdad con los suyos, liberando su tendencia al crecimiento y despliegue. Romero (2003) afirma que el método terapéutico de la psicología humanista es crear un “ambiente” psicológico adecuado, sin condiciones de valor sin juicios valorativos sobre las conductas individuales construidos en el respeto, y la honestidad que ayuden a que se desarrolle el potencial de crecimiento del individuo, su verdadero yo, y a que alcance la autorrealización. También elimina las incongruencias entre los juicios valorativos del entorno y las conductas individuales. Siguiendo Shaffer (2000) afirma que el terapeuta con orientación humanista anima y alienta al individuo a buscar el significado personal, para que éste mejore su conocimiento sobre sí mismo, desarrolle un mayor autocontrol sobre su vida, tome decisiones y se responsabilice de su futuro.

La presente tesina se desarrollará en cuatro capítulos con el fin de que el lector localice las especificaciones de los elementos importantes que enmarcan el objetivo.

En el primer capítulo, se abordará sobre el desarrollo de las habilidades en las relaciones interpersonales en los niños y la importancia que tienen éstas en el desarrollo potencial del individuo.

En el segundo capítulo, se limitará como una inhabilidad social a la “agresividad” infantil, en donde se pretende conocer: los antecedentes, la definición y algunas de las causas de la agresividad infantil a *grosso modo*.

El en tercer capítulo, se abordará el tema del juego como una actividad lúdica perteneciente a todos los niños, se desarrollará el concepto de juego, los tipos de juego y la importancia de éste en el desarrollo del individuo.

En el cuarto capítulo, se enfocará en la terapia de juego centrada en el niño como una herramienta útil para llegar a la tendencia actualizante y favorecer el desarrollo potencial del niño catalogado como “agresivo” entre edades de 4 a 11 años. En este capítulo, se especificarán los aspectos fundamentales de la teoría, el modo de intervención y los materiales para el desarrollo de una terapia de juego centrada en el niño y la relevancia en la psicología actual.

# **CAPÍTULO 1. EL DESARROLLO DE LAS HABILIDADES SOCIALES EN NIÑOS.**

El hombre es ante todo un animal social, es decir que necesita de otro semejante para poder convivir y desarrollarse. Esta conocida afirmación no supone necesariamente la existencia de un instinto social congénito en la especie; pero es indudable que el hombre como otros animales, tiene características biológicas que le imponen la necesidad de vivir en sociedad: al principio como un ser desvalido cuya supervivencia es imposible sin la ayuda de los agentes del grupo del cual entra a formar parte; después, cuando puede valerse por sí mismo, por las ventajas de la cooperación a las que inconscientemente se acostumbra. De este modo se engendran y desarrollan paulatinamente los hábitos de convivencia que han convertido al hombre en el ser social por antonomasia (Delval, 2004). De este modo, el presente capítulo abordará la conceptualización de las habilidades sociales, como un medio importante para el desarrollo del niño.

González (2006) manifiesta que el desarrollo de la persona es un proceso histórico, que no se puede entender separadamente de las circunstancias socioculturales (ambiente) donde ocurre. Cabe decir que el hombre es, en gran parte, un accidente de nacimiento en cuanto a su aspecto psicológico, pues sus actitudes, creencias, valores, modos de vestir, comer y comportarse, la agresividad, etc., son factores que varían según las diferentes prácticas de conducta y las culturas de las diversas sociedades existentes. Es por eso que es de suma importancia, hablar de la sociedad para poder entender la importancia que esta conlleva.

## **1.1 Definición de sociedad**

Si se ha dicho con razón que el hombre es el objeto de estudio más interesante para los hombres, deberíamos añadir a esta sentencia que el estudio adecuado del hombre supone el de la sociedad en que vive. Sólo entendiendo esta sociedad y conociendo la compleja estructura de sus instituciones y los procesos dinámicos que determinan los cambios que en ella ocurren, podemos comenzar a

comprender la curiosa criatura que es el hombre. La sociedad ha venido a ser el medio natural del hombre y fuera de ella sólo puede vivir un animal o un dios (Delval, 2004).

La palabra sociedad tiene varias significaciones, pero las tres más importantes para Pérez (2000) son:

1ª. Es la reunión pasajera y ocasional de varias personas para un fin determinado. Así, hay sociedades mercantiles, compañías, etc.

2ª. Sociedad es la reunión permanente, orgánica, total, establecida en determinado territorio y sometida a un gobierno soberano; así la sociedad se identifica con el Estado; y, en efecto, hay épocas en que las sociedades son también Estado, como en la actualidad.

3ª. Es la comunidad total de los hombres o complejo total de las relaciones humanas.

Sánchez (2006) menciona que la teoría de Rogers está construida a partir de una sola "fuerza de vida" que llama la tendencia actualizante. Esto puede definirse como una motivación innata presente en toda forma de vida dirigida a desarrollar sus potenciales hasta el mayor límite posible. No estamos hablando aquí solamente de sobrevivencia: Rogers entendía que todas las criaturas persiguen hacer lo mejor de su existencia, y si fallan en su propósito, no será por falta de deseo. Al mismo tiempo, González (1991) señala a la tendencia actualizante como la autoactualización, en donde señala que ésta se refiere al desarrollo del potencial innato y la independencia del control externo, así mismo menciona que existe una trascendencia que de igual forma es innata en el ser humano, y consiste en ir más allá de la conciencia ordinaria lineal, a la necesidad de plenitud que los bienes transitorios no satisfacen y que llevan al hombre a desbordar los límites terrenales y proyectarse más allá del horizonte histórico individual.

Asimismo Sánchez (2006) señala que no obstante, las personas en el curso de la actualización de sus potenciales, crearon la sociedad y la cultura. En sí mismo

esto no parece un problema: somos criaturas sociales; está en nuestra naturaleza. Pero, al crear la cultura se desarrolló una vida propia. En vez de mantenerse cercana a otros aspectos de nuestras naturalezas, la cultura puede tornarse en una fuerza con derecho propio. Incluso, si a largo plazo una cultura que interfiere con nuestra actualización muere, de la misma manera moriremos con ella.

Entendámonos, la cultura y la sociedad no son intrínsecamente malas. Es un poco como los pájaros del paraíso de Papúa en Nueva Guinea. El llamativo y colorido plumaje de los machos aparentemente distrae a los depredadores de las hembras y pequeños. La selección natural ha llevado a estos pájaros a cada vez más y más elaboradas alas y colas, de forma tal que en algunas especies no pueden ni siquiera alzar el vuelo de la tierra. En este sentido y hasta este punto, no parece que ser muy colorido sea tan bueno para el macho, ¿no? De la misma forma, nuestras elaboradas sociedades, nuestras complejas culturas, las increíbles tecnologías; esas que nos han ayudado a prosperar y sobrevivir, pueden al mismo tiempo servirnos para hacernos daño e incluso probablemente a destruirnos (Naranjo, 2004). Por eso el siguiente apartado se remite a mostrar la importancia de la sociedad.

## **1.2 La importancia de la sociedad**

Después de haber dado una definición general de lo que es la sociedad, vamos a señalar la importancia de ésta en el desarrollo del niño. Goñi (1999) menciona que todas las personas desde la infancia, desean establecer relaciones con otras personas, están abiertas a la comunicación. Las relaciones con los otros, en sus distintos grados de intimidad ocupan una parte muy importante de las horas de vigilia, tanto a nivel real como en el pensamiento y la imaginación; constituyen a menudo la fuente de las mayores satisfacciones y de las más profundas frustraciones del ser humano.

Siguiendo con esta línea, Caballo (2006) afirma que, de la cuna a la tumba la vida del hombre se halla determinada en medida cada día mayor por la sociedad en que vive. En la infancia, en la juventud y durante la vida adulta la conducta del ser

humano sigue generalmente los cauces abiertos por las presiones del medio. Desde el momento mismo del nacimiento, y aún antes, ejerce su influjo el ambiente social por medio de innumerables instituciones culturales: costumbres, creencias, hábitos de higiene y alimentación, técnicas médicas, etc. Y ese influjo gravita sobre nosotros con fuerza cada vez mayor por la acción de mil distintos agentes a medida que se va desarrollando nuestra personalidad, marcando su impronta sobre el modo de ser personal.

Para Pérez (2000), en la familia comienza la socialización y el niño encuentra sus primeros y más importantes objetos de relación y apego. Durante los dos primeros años, la familia (o las figuras de apego en general) tiene una importancia capital para la conducta de relación interpersonal por distintos motivos; la familia es el contexto único, o principal, donde crece el niño y controla el ambiente social en el que vive y, por tanto, le proporciona las oportunidades sociales, ya que actúa como filtro y como llave para otros contextos decidiendo, por ejemplo, la incorporación al colegio o posibilitando contactos con otros niños.

Así mismo, señalando que la familia es el primer grupo social con el que se tiene contacto, Goñi (1999) menciona que la influencia del medio familiar en la formación de nuestros gustos, creencias, aspiraciones y criterios de valor es avasalladora en los primeros años de la vida. A este factor ambiental formativo de la personalidad se suma después el efecto de la enseñanza en la escuela, la lectura de libros, periódicos y revistas, el cinematógrafo, la radio y la televisión, el ascendiente en nuestro ánimo de las opiniones y sentimientos de amigos, correligionarios y compatriotas, los intereses económicos y de clases derivados de nuestro negocio o nuestra profesión, etc. Así, desde el principio hasta el final, el hombre medio viene a ser medida creciente un producto social.

Siguiendo lo anterior, Martínez (1999) afirma que el hombre comienza su labor cognoscitiva tomando consciencia de su mundo interno experiencial, de sus vivencias, de su *Erlebnis* (experiencia); se puede decir que “en el principio de la vida humana como tal existe la toma de consciencia” (p.97). Percibimos el mundo externo de acuerdo con nuestra realidad personal y subjetividad, es decir, que

todo lo que está a nuestro alrededor va a influir en lo que somos, pero cada persona estará constituida por un núcleo central estructurado, mismo que va a permitir al hombre la capacidad de autorrepresentación. Esta posibilidad de contemplarse a sí mismo desde afuera, de autoproyectarse, de autoduplicarse, de autorreproducirse, esta capacidad de tomar consciencia plena de sí mismo es una característica distintiva del hombre y es la fuente de sus cualidades más elevadas. Además, esta capacidad permite distinguirse a sí mismo del mundo exterior, le posibilita vivir en un tiempo pasado o futuro, le permite hacer planes para el porvenir, utilizar símbolos y usar abstracciones, verse a sí mismo como lo ven los demás y tener empatía con ellos, comenzar a amar a sus semejantes, tener sensibilidad y convertirse en persona.

Para Caballo (2006), la capacidad para establecer y mantener vínculos sociales es un aspecto muy importante del desarrollo humano, y es comprensible que a lo largo de la evolución se hayan seleccionado conductas que favorezcan el contacto y la cooperación con otros seres humanos, con esto se agrega lo mencionado por Goñi (1999) en donde, la progresiva modernización de la sociedad provoca mayor diversificación de los grupos sociales que la componen, así como un realce de las relaciones interpersonales, dando lugar a relaciones más amplias, más complejas y en ocasiones más problemáticas y de menor satisfacción para el individuo.

Así mismo, Martínez (1999) afirma que, cuando se halla una distorsión de sí mismo dentro de la sociedad, puede traer graves consecuencias, entre ellas a extremos de crueldad, veámoslo en este trabajo como la agresividad, como aquel niño que no se siente a gusto con lo que es y lucha por su autorrealización, pero aún no halla la manera de hacerlo. Esto se analizará en los siguientes capítulos. Siguiendo con Martínez (1999), él confronta que si el ambiente social en que se desenvuelve una persona es agradable, no amenazante, pacífico y acogedor, se desarrollará en la misma un movimiento que deja de usar todo tipo de defensas perceptivas, no distorsionará la realidad y tendrá una gran apertura hacia sus auténticas vivencias. Esto le llevará a ser más hábil en escucharse a sí mismo, a captar y simbolizar mejor sus sentimientos de miedo y pena, de ternura y valor, y

la amplia gama de vivencias profundas con sus infinitos matices. Sin embargo, cuando no se halla en un ambiente óptimo, y no puede expresarse de manera que él quisiera, se acude a diferentes formas que faciliten esta apertura; entre ellas se encuentra la terapia de juego centrada en el niño, tema que se desarrollará en los siguientes capítulos.

### **1.3 La sociedad y el niño.**

Siguiendo con la frase mencionada en las primeras líneas de este capítulo *“el hombre es ante todo un animal social”* podemos añadir que la vida humana, tal y como la entendemos hoy, sería imposible si los otros no existieran. No sólo la vida del adulto aislado sería difícil de concebir, sino que la del niño sería inimaginable. Delval (2004) menciona que casos como la historia de Robinsón Crusoe, el personaje de la famosa novela de Daniel Defoe que sobrevive solo durante años en una isla antes de encontrar a “Viernes”, lo que vienen a mostrar es la necesidad que tenemos de los otros y la precariedad de la vida de un hombre solo. Robinsón además de poder sobrevivir porque ha adquirido previamente todas las capacidades del adulto, e incluso ha conservado muchas de las producciones de la sociedad a través de los restos salvados en el naufragio. En el caso del niño, el aislamiento tiene efectos más patéticos todavía porque no puede llegar a desarrollarse y convertirse en un adulto sin el concurso de otros adultos, pero además la investigación reciente ha demostrado que la compañía y el cariño de los otros es algo tan necesario para el desarrollo como la alimentación y, que, por tanto, se encuentra entre las necesidades básicas de cada individuo.

Sadurni, Rostán y Serrat (2003) mencionan que, el ser humano no sólo puede vivir como sus parientes animales con congéneres en grupos, sino que puede cooperar estrechamente con otros en la realización de tareas y además, puede mantener vínculos sociales a lo largo de grandes periodos y con individuos que están alejados. El hecho de que el hombre nazca inmaduro exige, además, la presencia de adultos que se ocupen y satisfagan las necesidades de la cría durante largo



tiempo. Esta situación no es única, sino que es compartida con otros primates, aunque en el caso del hombre la relación es más prolongada, más intensa, y con consecuencias más duraderas, si puede hablarse así. Sin embargo, Deval (2004) manifiesta que, el niño no está sólo en contacto con una persona que le cuida sino que, por lo general, suele vivir dentro de grupos más amplios en los cuales se socializa, el principal de estos grupos sociales y el más inmediato es la familia. A lo que Sadurni, Rostán y Serrat (2003) afirman que la familia humana tiene una serie de características peculiares, la diferencia con otros animales, entre las que destaca su permanencia y estabilidad, aspectos ligados a la larga duración de la infancia.

Finalmente se puede hacer referencia a lo dicho por Spinoza (citado en Martínez, 1999) “el hombre es un animal social” (p. 73), los pensadores existencialistas han puesto énfasis particular en los dilemas que vive el hombre contemporáneo en un sociedad de masas y estandarizada, en la cual se siente enjaulado, alienado y deshumanizado. En esta situación, aunque rodeado de gente por todas partes, el individuo (el niño como tal) se siente solo ante su propia existencia, que le obliga a encarar sus dudas, miedos y ansiedades, y busca la compañía de los demás solamente como un medio para superar su soledad. Así, esa tendencia, natural en el hombre, se ve aumentada en los últimos tiempos. Esa tendencia se presenta como positiva y constructiva de sí; pero también puede llegar a ser negativa y destructiva cuando es una consecuencia reactiva de la frustración de necesidades básicas. Martínez (1999), afirma que donde mejor se puede observar la verdadera naturaleza de esta característica, es en el proceso de crecimiento humano (educación) o en el proceso de reconstrucción humana (psicoterapia): en este contexto, es fácil observar que el ser humano está sediento de relaciones auténticas y profundas, de relaciones humanas donde pueda ser él mismo en todas sus dimensiones y pueda aceptarse plenamente como es, sin que se le utilice para cualquier tipo de diagnóstico, evaluación o análisis y sin que se le pongan barreras cognoscitivas o emocionales.

Además, Buber (citado en Martínez, 1999) señala que la relación persona a persona como un “yo-tú”; es decir, una mutua experiencia de hablar sinceramente uno a otro como personas, como somos, sin desempeñar un rol, con plena sencillez y espontaneidad, va a formar a un hombre verdaderamente humano. Y como Marx (citado en Martínez, 1999) afirma “la esencia del hombre no es un abstracción inserta en cada ser humano, sino que, en su autentica realidad, es la integración de las relaciones sociales” ( p. 74). Es así como se puede decir, que este tipo de relación es la que constituye la mejor forma educativa y, cuando ésta ha fallado, la práctica terapéutica (Martínez, 1999). De esta forma, se llega a importancia de las relaciones sociales, más allá de una situación de individuo con la sociedad, se habla de una relación persona que beneficia a cada individuo, y que si no es facilitada se puede recurrir a una terapia, en el caso particular de este trabajo tiene que ver con la terapia de juego centrada en el niño para facilitar esa relación “yo-tú”, y en donde Axline (2002) señala a esta terapia como facilitadora del crecimiento y la dinámica de la vida. El crecimiento lo define como un proceso de cambio, como una espiral, relativa y dinámica. En donde las experiencias hacen que cambie el enfoque y la perspectiva del individuo, en donde todo está en desarrollo, intercambio y adoptando distintos grados de importancia para la reorganización e integración de actitudes, pensamientos, sentimientos y sobre todo con la integración con otros hombres debido a la misma naturaleza de éste. Así mismo, la terapia favorece la dinámica de la vida, es decir cada actitud, pensamiento y experiencia del individuo está cambiando constantemente en relación a la interacción de las fuerzas psicológicas y ambientales de cada uno, y con ésta se puede crear una flexibilidad en la persona para abrir una puerta a la consciencia de sí y a la consciencia de que existen otros.

## 1.4 Relaciones interpersonales

Allport (citado en Martínez, 1999) señala que “cada persona se aparta en millares de aspectos del hombre medio hipotético, pero su individualidad no es la suma del total de desviaciones de los promedios” (p. 77). Cada individuo es un sistema de unicidad configurada. Por consiguiente la ciencia y, en este caso la psicología, debe describir al hombre vivo, en acción, en su totalidad y en los contextos de lugar y tiempo (Martínez, 1999).

Ya vimos que independientemente de ser individuos, necesitamos la relación con los otros para favorecer la experiencia con el mundo que nos rodea. De este modo, podemos decir que necesitamos desarrollar ciertas habilidades para alcanzar satisfactorias relaciones interpersonales que nos permitan el intercambio con el otro, pero ¿qué es una habilidad?

A la hora de definir qué es una conducta socialmente habilidosa ha habido grandes problemas. Se han dado numerosas definiciones, no habiéndose llegado todavía a un acuerdo explícito sobre lo que constituye una conducta socialmente habilidosa; Meichenbaum, Butler y Grudson (1981, citados en Caballo 2006) afirman que es imposible desarrollar una definición consistente de competencia social puesto que ésta es parcialmente dependiente del contexto cambiante. Además, Wilkinson y Canter (1982, citados en Caballo, 2006) resaltan que la habilidad social debe considerarse dentro de un marco cultural determinado y los patrones de comunicación varían ampliamente entre culturas y dentro de una misma cultura, dependiendo de factores tales como la edad, el sexo, la clase social y la educación. Además, el grado de eficacia mostrado por una persona dependerá de lo que desea lograr en la situación en particular en que se encuentre. La conducta considerada apropiada en una situación puede ser, obviamente, inapropiada en otra. El individuo trae también a la situación sus propias actitudes, valores, creencias, capacidades cognitivas y un estilo único de interacción, por esto se acepta que las habilidades sociales son más que un patrón de conducta como algunas teorías lo señalan, mejor dicho es parte esencial de cada individuo en el contexto en que se desarrolla (Martínez, 1999).

Bühler (citado en Martínez, 1999) observó que cada individuo, tiene algo especial por lo que vive y trabaja, un propósito principal, una misión, una vocación, una meta trascendente, que puede variar de individuo a individuo. En cada persona existe un proceso evaluador interno que va estructurando valores, el cual a su vez se convierte en el núcleo integrador de la personalidad y forma una filosofía unificadora de la vida. Para Allport (citado en Martínez, 1999) “el valor es una creencia con la que el hombre trabaja de preferencia. Es una disposición cognitiva, motora y, sobre todo, profunda del *proprium* (de él mismo)” (p. 75). De éste modo, Martínez (1999) señala que, en la medida en que determinada creencia social brinda resultados y efectos satisfactorios, se van afianzando al individuo y van logrando una significación para él mismo; de lo contrario sólo se derivan consecuencias desastrosas en medio del cúmulo de incertidumbres, dudas y probabilidades que rodean al ser humano. Es lógico que éste busque algunos puntos de anclaje, algunas certezas, alguna fe que le sirvan como guía, y que mitiguen las inevitables frustraciones y ansiedades que la vida engendra. Es ahí en dónde entra el facilitador, a estabilizar la relación como personas para poder actuar ante esa cultura que en cierto momento lo enganchó. Buber (citado en Martínez, 1999) considera que el hombre se ha perdido en una anarquía de ideologías, y lo único que desea es encontrarse y acercarse a él mismo en su auténtica y más genuina realidad. Piensa que esto se consigue estudiando a fondo la naturaleza de la relación interhumana y obrando en consecuencia, alrededor de la relación yo-tú; es decir, de persona a persona, de reciprocidad que implica un encuentro, cómo lo afirma Marcel (citado en Martínez, 1999) “solamente podemos conocernos a nosotros mismos partiendo del otro o de los otros”(p. 144).

Complementando, Trower (1984, citado en Caballo, 2006) señala que claramente, no puede haber un “criterio” absoluto de habilidad social. Sin embargo, “todos parecemos conocer qué son las habilidades sociales de forma intuitiva”.

Caballo (2006) afirma que no puede haber una manera “correcta” de comportarse que sea universal, sino una serie de enfoques diferentes que pueden variar de acuerdo al individuo. De esta forma, dos personas pueden comportarse de un

modo totalmente distinto en una misma situación, o la misma persona puede actuar de manera diferente en dos situaciones similares, y ser consideradas dichas respuestas con el mismo grado de habilidad social. Por consiguiente, la habilidad social, para algunos autores se da en términos de la eficacia, de su función en una situación, en vez de términos de su topografía.

No obstante, Pérez (2000) señala que las relaciones interpersonales constituyen un aspecto básico de nuestras vidas, funcionando tanto como un medio para alcanzar determinados objetivos, como un fin en sí mismo. Pero el mantener unas relaciones adecuadas con los demás no es algo que venga determinado de forma innata. Poseemos los mecanismos necesarios para relacionarnos con otras personas; sin embargo, la calidad de esas relaciones vendrá determinada en gran medida por nuestras habilidades sociales.

Para Pérez (2000) las habilidades sociales en las relaciones e interacciones entre iguales cumplen las siguientes funciones:

1. Conocimiento de sí mismo y de los demás: Llegan a conocer su propia competencia al relacionarse con los demás y compararse con ellos, contribuyendo a la formación del autoconcepto. También van conociendo cosas de los otros y aprenden a conocer su mundo social. Por lo tanto, las relaciones interpersonales proporcionan un contexto que es crucial tanto para la individualización como para la socialización.

- 2 Desarrollo de determinados aspectos del conocimiento social y determinadas conductas, habilidades y estrategias que se han de poner en práctica para relacionarse con los demás: reciprocidad, empatía y adopción de roles y perspectivas, intercambio en el control de la relación, colaboración y cooperación, estrategias sociales de negociación y de acuerdo.

3. Autocontrol y autorregulación de la propia conducta en función del *feedback* que se recibe de los otros. Los iguales actúan como agentes de control reforzando o castigando determinadas conductas.

4. Apoyo emocional y fuente de disfrute. En la relación con los iguales se encuentra afecto, intimidad, alianza, ayuda, apoyo, compañía, aumento del valor, sentido de inclusión, sentimientos de pertenencia, aceptación, solicitud.

5. Otros aspectos importantes en las relaciones con los coetáneos son el desarrollo moral y aprendizaje de valores.

También Goñí (1999) señala que la competencia social y el desarrollo de las destrezas necesarias para las relaciones con los demás son el resultado de un continuo proceso de aprendizaje que se inicia en la primera infancia, en el ámbito familiar y, particularmente, en contacto con sus coetáneos, y que se ha de seguir completando durante toda la vida, con mayor o menor intensidad. Por lo general, los períodos críticos del ciclo de vida demandan la adaptación y el perfeccionamiento de las habilidades sociales: la adolescencia, la incorporación al mundo laboral, el establecimiento de las relaciones íntimas, la formación de la familia, la vida en comunidad, la jubilación, la pérdida de los vínculos por distintas causas, la enfermedades, etc.

Finalmente, teniendo en cuenta que en la actualidad disponemos de gran cantidad de datos que nos demuestran que existen sólidas relaciones entre la competencia social en la infancia y la adaptación social, académica y psicológica tanto en la infancia como en la vida adulta, podemos afirmar que estamos ante un tema de gran importancia y relevancia para esta edad. Resultados de investigaciones nos señalan que la adecuada competencia social en la infancia está asociada con logros escolares y sociales superiores y con ajuste personal y social en la infancia y la vida adulta, mientras que la inhabilidad interpersonal tiene consecuencias negativas para el individuo tanto a corto plazo en la infancia, como a mediano y largo plazo en la adolescencia y en la vida adulta. La incompetencia social se relaciona con baja aceptación, agresividad, rechazo, ignorancia o aislamiento social por parte de los iguales, problemas emocionales y escolares, desajustes psicológicos y psicopatología infantil, delincuencia juvenil y diversos problemas de salud mental en la vida adulta (Goñí, 1999).

Sin embargo, para González (1991) el ser humano es un ser viviente cuyo comportamiento está en constante y continuo cambio, y posee la capacidad única de ser consciente de su existencia dinámica. La capacidad que el ser humano posee de ser consciente de sí mismo, de las situaciones y condiciones que ejercen influencia sobre él, así como la influencia que él ejerce sobre éstas, le permite la toma de decisiones y le da el poder de elección. La dirección de estas elecciones tiende hacia el desarrollo y la maduración de sus potencialidades innatas. Es innegable que el comportamiento del ser humano está influido por muchas situaciones de las que no tiene control, lo cual implica que su respuesta es limitada pero no determinante. La libertad significativa del ser humano consiste precisamente en esa capacidad de elección, y en este sentido, él se crea a sí mismo y a sus mundos, es decir, se responsabiliza de su propia existencia. Lo cual nos lleva a lo que menciona Goñi (1999), que a medida que el niño evoluciona y adquiere nuevos roles y tareas sociales, las habilidades sociales se van desarrollando. Se perfeccionan las capacidades para pensar y razonar, la comprensión y expresión de los mensajes propios y de los otros, el control de los sentimientos y emociones y el juicio moral., Asimismo, este autor refiere que en las últimas décadas numerosos estudios y observaciones indican que las relaciones con los compañeros, principalmente a través del juego, contribuyen al desarrollo social del niño, al aprendizaje de las destrezas sociales en la infancia, sentando las bases de las relaciones interpersonales en edades posteriores. Es así que en los siguientes capítulos se pretende desarrollar el tema de la terapia de juego que facilita las relaciones interpersonales en el niño que es catalogado como agresivo, ya que como lo menciona Martínez (1999) la facilitación del individuo a su autoconocimiento y al conocimiento exterior, da la sensación a sus participantes de haber vivido un momento fuera del tiempo y del espacio, y dando origen a un nuevo sentimiento que le permita convivir con sus semejantes.

## **CAPÍTULO 2. AGRESIVIDAD INFANTIL**

La Psicología se ha interesado desde siempre por comprender la naturaleza de la agresividad humana y ha ofrecido varias tentativas de explicación, desde el tratamiento naturalista hasta el enfoque profundo del psicoanálisis. Las teorías psicológicas han contribuido a desarrollar creencias sociales sobre el comportamiento agresivo y, aunque mucha de la información científica que sustenta estas creencias es susceptible de ser revisada, otra buena parte de ella nos permite reflexionar sobre este complejo asunto y posicionarnos con algo de sensatez en el tema, todo con el fin de quitar etiquetas y evitar catalogar a los niños.

A lo largo de este capítulo haremos una revisión de la agresividad infantil, desde los antecedentes hasta las causas que pueden ocasionarla, para así tener un amplio criterio de la misma.

### **2.1 Antecedentes de la agresividad infantil.**

Los padres y madres, el profesorado y demás profesionales de la atención infantil que tratan con temperamentos muy fuertes, sin duda han experimentado perplejidad y confusión ante un pequeño que está fuera de control. La mayoría nos sentimos totalmente perdidos cuando un niño que es capaz de ser cooperativo, feliz y agradable, se transforma de repente en una amenaza impredecible y terrible, o al conocerlo nos da esa sensación de peligro (Train, 2004).

Para Boris y Dalton (2004) la agresividad es un síntoma grave que se asocia a un problema importante de la infancia. Complementando lo anterior, Train (2004) sostiene que todos nos hemos maravillado por el modo en que un ternero o un polluelo recién nacidos conocen con exactitud dónde hallar su primer alimento, o el modo en que un bebé sabe cómo llamar la atención sin ser capaz de hablar. Ellos saben de modo instintivo cómo sobrevivir. Así mismo menciona que las acciones y los reflejos necesarios están insertos desde el nacimiento, y aunque algunos teóricos creen que los seres humanos nacen no sólo con reflejos físicos sino con otras cualidades, todos los seres humanos tenemos un instinto de caza y



un instinto de lucha; un deseo innato de adquirir cosas, competir y simpatizar. Desde este punto de vista, al niño muy agresivo se le ve como alguien que ha nacido con un fuerte instinto de agresión que forma parte dominante de su carácter. A lo largo de la vida escolar, se ha escuchado todo ese tipo de comentarios y muchas veces se predispone a la situación, pero realmente, como humanos no se debe de juzgar sino de aceptar, pero aún ésta aceptación no está consciente en nuestras vidas, en realidad no se da el tiempo de escuchar y mucho menos conocer al otro, la mayoría de las veces el ser humano es egoísta y no se preocupa por los demás.

Asimismo, Train (2004) señala que cuando uno nace, sólo está preocupado por sus propias necesidades. Lo único que es real para el ser humano es su persona, tiene necesidades corporales, sensaciones físicas y pensamientos. No se relaciona con las persona de un modo afectivo, sino que las ve de un modo intelectual como parte del sistema que él necesita para sobrevivir. Esta preocupación del niño por sus propias necesidades es en general aceptada por los padres. La aceptación total de un acto sólo egoísta y no recíproco nunca se produce en otro momento. Es la base del amor que existe entre el progenitor y el bebé, y aunque la intensidad de la relación única es breve, forma la base del salto del niño hacia la madurez y la edad adulta. Al nacer, su actividad es casi un sinónimo de agresión. Pero ahora nos preguntamos, ¿cómo es que un bebé puede ser agresivo?

Train (2004) y Jerry (2006) afirman que debe existir un vínculo entre padre e hijo para establecer una relación social que permita al niño que experimente lo que es y lo que vive, y si el proceso de vinculación no se produjese, se vería afectado el proceso de desarrollo del bebé. Ello no quiere decir que como resultado, el niño será excesivamente agresivo en la vida; es muy posible que sea capaz de afrontarlo bien, su capacidad para ello dependerá de si es frágil o resistente en lo emocional. Dicho de otro modo, dependerá de su preparación personal al nacer y de cómo se desarrolle en su aquí y en su ahora.

¿Pero, en qué momento se ve la agresividad en un bebé? Train (2004) menciona que a los doce meses, un niño comienza a mostrar agresividad instrumental, dirigida hacia los compañeros y en general se refiere a los juguetes y propiedades. Está comenzando a imponerse sobre su entorno. En complemento, Shaffer (2000) menciona que el centro de atención del niño comienza a desplazarse hacia los objetos de su ambiente. En cierto sentido, ve estos objetos como una parte de sí mismo. Cualquiera que intente llevarse sus juguetes es considerado como una amenaza a su identidad. El resultado es un estallido de agresión. Este fenómeno, como otras cualidades humanas, persiste durante toda la vida en diferentes formas. Pocos adultos pueden negar la satisfacción de poseer objetos.

Siguiendo, Train (2004) afirma que, cuando un niño se acerca a su quinto o sexto año de edad, cambian las características de su agresividad. Resulta menos probable que utilice la violencia física para lograr sus objetivos, y reaccionará con ira sólo si piensa que está siendo atacado de modo intencionado. Esta afirmación puede estar ligada a la de Axline (2002), en donde expresa que la dinámica de la vida es tal que cada experiencia, actitud y pensamiento del individuo está cambiando constantemente en relación a la interacción de las fuerzas psicológicas y ambientales en cada individuo. Así lo que pasó ayer ya no tiene hoy el mismo significado para el individuo que tenía en el momento en que sucedió debido al impacto de las fuerzas vitales y la interacción con otros individuos; esta experiencia será integrada mañana de una manera completamente diferente.

Esta característica del cambio también se aplica a las respuestas de la conducta. Las respuestas que aparentemente parecen similares día tras día a veces se les nombra hábitos, pero los hábitos desaparecen y parecen esfumarse cuando el individuo ya no siente necesidad de ellos o cuando descubre otro tipo de conducta más satisfactoria.

Con lo mencionado anteriormente, se puede ver que existen otras posibilidades de desaparecer la conducta "moralmente impropia", y digo moralmente porque basándose este trabajo en un enfoque humanista y como se mencionó líneas atrás, no existen valores de juicio ante la conducta del niño, antes de todo es

fundamental la aceptación incondicional. Esta parte, se desarrollará en el último capítulo del presente trabajo, en el cual se abordará los puntos específicos para desarrollar la terapia de juego centrada en el niño catalogado como agresivo.

Siguiendo con la línea de lo moral, Train (2004) y Boris y Dalton (2004) consideran que los niños catalogados como “normales” son mucho más sociables que los “difíciles”; pasan más tiempo en actividades cooperativas y están dispuestos a compartir su alegría. Si muestran agresividad es para proteger las actividades que realizan, tienden a ser agresivos cuando se sienten amenazados, pero su agresividad desaparece con bastante rapidez, también tienden a implicarse demasiado en sus actividades llegando a ser poco independientes. La principal finalidad de sus interacciones es el deseo de jugar, sociabilizar y compartir experiencias. Es importante recalcar estas últimas palabras, ya que substancial que para que un niño pueda desarrollarse normalmente, sus habilidades sociales estén bien establecidas y se pueda crear un diálogo entre el niño y sus semejantes, todo con el fin de que pueda expresar todo lo que siente.

Por su parte, Train (2004) argumenta que los niños difíciles se oponen más a una acción social, son negativos y molestos, dominantes y fanfarrones. Los de naturaleza agresiva pueden ser muy activos, ruidosos, mandones y enseguida se enfadan, o pueden mostrar una conducta exigente y fastidiar, lloriquear y llamar la atención. Ambos grupos de niños son muy impopulares entre sus compañeros. Sin embargo, éstas son algunas características que sirven para identificar a un niño difícil, pero en este trabajo, nos enfocaremos a quitar todas esas marcas, ya que como Sánchez (2006) lo plantea según las ideas de Rogers, siempre hay que tomar en cuenta al otro, empatizando, entregándose desde la propia disposición para que el otro empatice con nosotros, y así poder realizar un verdadero encuentro y contacto. Es necesario acercarse al semejante sin ningún juicio previo, o con la menor cantidad posible de ellos, abierto a la aceptación total, sea lo que sea que el otro me comunica de sí mismo en relación a mí.

No digo que las características sean malas, en realidad es el primer foco de algún problema, que nos ayude a identificar al niño agresivo, pero sí recalco que es de

suma importancia no traer prejuicios que puedan afectar la relación terapeuta-individuo. Así mismo, sin las características no encontraríamos a aquellos niños que necesitan desarrollar ciertas habilidades en sus relaciones interpersonales. Ahora bien, ya hablamos un poco de agresividad, ¿pero qué entendemos por agresividad infantil? Algunos ven la agresividad como una fuerza reprimida por compuertas, que de vez en cuando se ven desbordadas. Otros la consideran como una forma de energía. En el siguiente apartado se verán las diferentes definiciones que se le han dado a la agresividad, para identificar ese problema.

### **2.1.1 Definición de agresividad**

Boris y Dalton (2004) y Marcelli (2007) concuerdan en que la impulsividad, la actitud desafiante y las rabietas son frecuentes entre los 2 a los 4 años de edad, cuando los niños empiezan a necesitar autonomía, pero aún no han adquirido las habilidades motoras o sociales necesarias para independizarse con éxito. He aquí en donde surge el interés por conocer más allá de la definición de agresividad que si bien todo el mundo comprende *a priori* y de manera intuitiva lo que significa la palabra agresividad, no resulta sencillo definirla con rigor. Es conveniente distinguir primero entre la agresividad en que situación o potencialidad se encuentra.

Desde el punto de vista del sociológico, Marcelli (2007) menciona que consiste en estudiar una característica humana (en este caso, la violencia y la agresividad) como un reflejo de la organización de una sociedad en particular, las modificaciones de la dinámica de la sociedad con el tiempo y los subgrupos pertinentes en una sociedad determinada. Es decir que la agresividad es una consecuencia de los cambios y transformaciones que se dan dentro de la misma sociedad del individuo. Por ejemplo, Jerry y Mina (2006) mencionan que en estudio realizado con un grupo de delincuentes de un reformatorio, se comparó a adolescentes menos agresivos que otros y se encontró que ambos describían problemas sociales pero unos hallaban menos soluciones eficaces para resolver

un conflicto; los menos agresivos demostraron que era menos probable que “se metieran en problemas” por mostrarse agresivos.

De igual forma Webster-Stratton y Lindsay (1999, citados en Jerry y Mina, 2006) observaron que los chicos con trastornos disociales o trastornos negativos desafiantes disponían de pocas estrategias para la resolución de problemas sociales, estrategias más negativas para afrontar los conflictos y menores habilidades de juego respecto a sus compañeros sin estos trastornos. En ambos casos se observa que la sociedad es influyente en la toma de acciones de cada persona. Este punto es muy importante, ya que de aquí se puede señalar que en general, los niños catalogados como agresivos, tienen dificultades sociales que no le permiten expresarse y así mismo no pueden interactuar con los demás niños ni adultos, teniendo una inestabilidad social que los llevaría a una frustración que irrumpiría con su desarrollo. También es importante reconocer lo antes mencionado respecto al juego, ya que para Reyes-Navia (1996) es fundamental que en todo niño se desarrolle el juego ya que es una actividad lúdica que inicia el proceso de socialización y encamina el desarrollo óptimo. Por esta razón, es fundamental investigar sobre el juego y descubrir todas esas facilidades que éste trae y sobre todo encaminarlo hacia una terapia que no juzgue y comprenda al niño como individuo, tal y como es.

Continuando con el tema de agresividad y según la bibliografía revisada, existen dos tipos de agresividad infantil; la instrumental y la hostil. Craig y Baucum (2001) y Sadurni, Rostán y Serrat (2003), mencionan que en el lenguaje de la psicología social, la agresión hostil es una conducta que trata de lastimar o establecer un dominio sobre otro: un niño golpea a otro en un acto de venganza, se puede decir que es aquella que tiene como objeto producir daño en una persona.

La agresión instrumental, es para Craig y Baucum (2001) el daño que causa de manera incidental una conducta propositiva: si un niño derriba a otro cuando intenta coger un juguete, el daño que le causó no es intencional. Sadurni y cols., (2003) sostienen que, el objetivo último del agresor no es dañar al agredido sino

conseguir la satisfacción de un deseo o defenderse de los atropellos ajenos, por ejemplo: impedir que se apropien del juguete.

Para Craig y Baucum (2001), ambas formas de agresión difieren de la asertividad, que no produce daño sino que se refleja en actitudes como defender nuestros derechos y, a veces, en defensa propia. Así mismo señalan que la agresión puede ser física o verbal y puede dirigirse a personas o “desplazarse” hacia animales u objetos. En preescolar, la agresión física es una respuesta frecuente al enojo y la hostilidad. Por lo regular, aumenta durante el periodo preescolar y luego disminuye conforme comienza a reemplazarla por agresión verbal, de tal modo que la agresión vaya disminuyendo. La reducción se debe también a la creciente capacidad para resolver los conflictos en otras formas por negociación o a una mayor experiencia de cómo jugar. Además, entre los seis y siete años los niños son menos egocéntricos y comprenden mejor el punto de vista del otro. Esto les ayuda en dos formas: suelen interpretar menos la conducta ajena como una agresión que exige represalia y están en mejores condiciones de sentir empatía hacia los sentimientos de otro niño cuando lo lastiman.

Según la definición de agresividad, un niño no podrá mostrar un comportamiento agresivo hasta que no sea capaz de hacerlo intencionalmente. Siguiendo esa premisa ¿Cuándo podemos decir que emerge la conducta agresiva? Los niños de cuatro meses tienen claras y frecuentes manifestaciones de ira en situaciones en las que se le impide sumar una acción o un deseo, y aumentan principalmente entre los siete y los diecinueve meses (Craig y Baucum, 2001). Continuando y como lo explica Train (2004), la conducta adulta tiene sus orígenes en la idea de que, para sobrevivir, es esencial ser agresivo. Necesitamos cierta agresividad para controlar nuestro entorno y llegar a ser independientes. La agresividad aumenta cuanto más retrocedemos hacia la infancia. Cuando envejecemos, llegamos a tener más control y dependemos menos de los demás. Nos sentimos menos amenazados y no es tan probable reaccionar de modo agresivo, pero es la niñez la más vulnerable a ser agresiva.

## **2.2 Causas de la agresión infantil**

Una teoría aceptada es que los niños agresivos tienen padres que también son agresivos, sobre todo con sus hijos. No obstante, de acuerdo con una revisión crítica de los estudios que sostienen asociación, no existen indicios convincentes de que esta relación sea simple o directa (Widom, 1989 citado en Jerry y Mina, 2006). Sin embargo, Boris y Dalton (2004) manifiestan que, es posible que las tendencias agresivas sean heredables, aunque los factores ambientales pueden desencadenar en niños predispuestos. Las situaciones de riesgo temporal o persistente que afectan a una familia pueden hacer que aumenten las conductas agresivas de los niños. Por ejemplo, se ha demostrado que la agresividad de la infancia se correlaciona con el desempleo en la familia, los conflictos, la criminalidad y los trastornos psiquiátricos que también son más frecuentes en hijos de madres solteras o adolescentes. Casi todos los trabajos están de acuerdo en que los niños son más agresivos que las niñas. Los niños agresivos, a menudo, interpretan equivocadamente determinadas circunstancias sociales y reaccionan con hostilidad inadecuada hacia compañeros y padres. Aún así, los problemas de pareja y la agresividad en ella y la agresividad dentro del hogar contribuyen sin duda a suscitar agresividad en los niños. Siguiendo con esta línea, Ortega (1999) menciona que la sociedad actual y su estructura social con grandes bolsas de pobreza y desempleo favorecen contextos sociales donde es más propicio un ambiente de agresividad, delincuencia y actitudes antisociales. También es verdad que la propia estructura social y sus principios competitivos en firme contraste con una precaria oferta de empleo y desarrollo personal del joven propicia actitudes violentas. En su indefensión pueden ser objeto de rechazo, pobreza y agresiones de toda índole. En edad adolescente el niño maltratado, no querido, desvinculado de los apegos y seguridades que otros niños poseen se proyectará en muchas ocasiones en conductas antisociales.

Todo lo anterior, Axline (2002) lo propone de otra manera;

“Un niño generalmente perdona y olvida con facilidad aquellas experiencias que le han sido negativas. A no ser que las condiciones hayan sido realmente

desfavorables, el niño acepta la vida tal como la encuentra y de la misma manera acepta a las personas con quienes vive. Expresa en todos sentidos un anhelo, una curiosidad, un gran amor hacia la vida que lo emociona y hace que se deleite con los placeres más simples. Normalmente al niño le encanta crecer y constantemente lucha por hacerlo, en ocasiones extralimitándose en esta ansia de crecer. Es a la vez humilde y orgulloso, valiente y miedoso, dominante y sumiso, curioso y satisfecho, deseoso e indiferente, ama y odia, pelea y hace las paces, puede estar sumamente feliz o desesperadamente triste. (...) La conducta del individuo parece estar regida en todo momento por un solo impulso, que es el llegar a una completa autorrealización. Cuando este impulso se encuentra bloqueado por presiones externas, el crecimiento hacia ese objetivo no cesa, sino que continúa con creciente ímpetu debido a la fuerza que generan las tensiones creadas por la frustración.

Cuando un individuo se encuentra ante una barrera que le hace más difícil alcanzar la completa realización de su Yo, forma un área de resistencia, fricción y tensión. El impulso hacia la autorrealización continúa y la conducta que adopta el individuo demuestra que está satisfaciendo este impulso interno por medio de luchar abiertamente para establecer su autoconcepto dentro del mundo real, o bien que lo está solventando en forma vicaria, reprimiéndolo en su mundo interno donde podrá establecerlo con menor esfuerzo. Entre más se internaliza más peligroso es, y entre más se aleja del mundo real más difícil será ayudarlo" (pág. 21-22).

Asimismo, Ortega (1999) aclara que los argumentos naturalistas explican la existencia del factor agresividad, como un componente más de la compleja naturaleza biosocial del ser humano, pero también recuerdan que los individuos de la especie humana disponen de capacidades que vienen a modificar los procesos naturales de aprendizaje y a modificar patrones heredados que no siempre son adaptativos, sobre todo cuando cambian las condiciones sociales en las que éstos aparecen. Tal es el caso de la refinada capacidad de comunicación que el lenguaje ofrece a los que, además de animales, somos seres racionales. El patrón heredado incluye, además de esquemas de respuesta defensivos y, por tanto, agresivos, las habilidades necesarias para resolver el conflicto de forma pactada. Todo ello confirmaría los rasgos adaptativos de la llamada agresividad natural, dado que existe la posibilidad de reconvertirla en habilidades sociales.



Por otro lado, Train (2004) menciona que, fijándose en las circunstancias que rodean cada episodio de la vida de un niño, se puede hallar algún factor constante que podría evitarse, dando así que existen tres razones principales por las que un niño puede reaccionar con excesiva agresividad.

- a) Cuando siente que alguien está interfiriendo en sus objetivos
- b) Cuando percibe que le critican a él o a su amigos
- c) Cuando considera que una situación es injusta, o que alguien ha sido negligente o descuidado.

Desde el punto de vista clínico, es importante identificar las causas y motivos de la agresividad infantil. La agresividad intencional puede ser fundamentalmente instrumental, para conseguir un fin hostil, para infligir dolor físico o psicológico. Los niños crueles y sin empatía y que son agresivos con frecuencia requieren que intervengan los servicios de salud mental. Estos niños tienen un riesgo elevado de ser expulsados de la escuela y de presentar fracaso escolar. Los trastornos de aprendizaje son a menudo manifiestos y se deben descartar en los niños agresivos, así que antes de dar un diagnóstico o llamar niño agresivo se deben de ver todos los factores que lo acontecen (Boris y Dalton, 2004). Sin embargo, a lo largo de este trabajo se eliminará el punto clínico ya que como lo menciona Train (2004), sí no se rechazan estas teorías, habría que aceptar que el niño está "enfermo" y necesita alguna forma de medicación, pero pese a su sensación de frustración total, los padres esperan otro tipo de solución. La terapia con fármacos debe siempre considerarse como último recurso. Se esta forma se llega a hablar de la terapia de juego centrada en el niño como una opción de auxilio, como una oportunidad de ayudar al niño, pero sobre todo de que el niño pueda ayudarse a él mismo, ya que de esta forma encontrar a todo lo que necesita para poder aceptarse, adaptarse, encontrar su autoconcepto y así llegar a la autorrealización.

Como se observó, descartaremos todas esas teorías que hablan de clínica y se aceptará el trabajo de Rogers para insertarse en la terapia de juego centrada en el niño desarrollada por Axline, y así brindar una alternativa para todos esos niños

que tienen una dificultad emocional y social, que no están facilitados por la sociedad para poder expresarlo; es así como la terapia de juego va a permitir la autorrealización y la exploración del mundo exterior a través de las experiencias vividas dentro y fuera del juego. Tal vez surgiría una pregunta, y esta sería ¿cómo es posible que se pueda ayudar al desarrollo óptimo del niño a través del juego, si todos los niños juegan? La respuesta se verá en el siguiente capítulo, en donde se pretende desplegar la importancia del juego en la vida de un niño, pero sobre todo introducir al propio juego dentro la terapia de juego, para conocer la función de éste y cómo es que finalmente se vuelve una terapia o un trabajo terapéutico.

## **CAPÍTULO 3. EL JUEGO INFANTIL.**

Tan sólo una superficial observación de las actividades de los niños nos muestra el importante papel que el juego ocupa en ellas, resulta muy fácil reconocer la actividad del juego y sabemos perfectamente, por una serie de indicadores, cuando un niño está jugando o está realizando algún otro tipo de actividad. Sin embargo, tratar de definir con precisión qué es el juego resulta una tarea extremadamente ardua porque bajo ese nombre englobamos una gran cantidad de conductas que, si las examinamos con detalle, presentan muchas diferencias entre ellas.

Deval (1996) menciona que, existen diferentes tipos de juegos y en cada actividad se realizan cosas distintas unas de otras; sin embargo no dejan de seguirse llamando juego. Algunas actividades son individuales y consisten en puros movimientos, otras sólo sean un mundo de ficción, o reproducen la realidad a través de una construcción, otras son actividades sociales, que no pueden realizarse en solitario y su objetivo es hacerlo mejor que los otros.

Para Minerva (2002) y Deval (1996), el juego constituye una actividad importante durante un periodo de la vida y generalmente se piensa que para los niños es importante jugar, por lo que hay que darles oportunidad de que lo hagan. Así mismo mencionan que, una de las dificultades para entender el juego, y poder analizarlo desde un punto de vista científico, es encontrar cuáles son sus caracteres definitorios, y cuál es su oposición o diferencias frente a otras actividades del niño.

Es por eso que a lo largo de este capítulo, se desarrollará en una forma general la definición del juego, aunque como se comentó al principio del mismo, es difícil dar una precisión de la concepción de juego, pero se desarrollará para saber la importancia de él en la vida del niño, sus beneficios y aportaciones para desarrollar la terapia de juego.

### **3.1 Concepto del juego infantil.**

El juego ha sido considerado como una actividad de carácter universal, común a todas las razas, en todas las épocas y para todas las condiciones de vida. En ese sentido en todo el globo terráqueo, los gustos y las costumbres han evolucionado a la par, quizá, de la ciencia y la tecnología, no obstante, hoy se encuentra a los niños de cualquier planeta jugando con un carro independientemente si es de madera, de plástico o de cualquier otro material, y las niñas jugando con su muñeca de trapo, de porcelana o de fieltro.

Ahora bien, el ámbito interdisciplinario abarca desde la filosofía, la pedagogía, la psicología, la sociología y la antropología porque todas tuvieron y tienen como sujeto de estudio a ese niño o niña, es decir, al hombre (Minerva, 2002).

Comencemos este recorrido por Deval (1996) quien afirma que, desde los primeros autores que se han ocupado del desarrollo infantil se ha señalado la presencia del juego, aunque se le ha atribuido distinta importancia. Ya Aristóteles hablaba de los juegos y de su utilización desde el punto de vista educativo, desde entonces las opiniones de los distintos autores acerca del valor del juego han estado muy divididas. Craig y Baucum (2001) expresan que el juego está muy ligado al desarrollo del niño, pero lo consideran como un mal inevitable que no tiene mucho interés, ya que los niños juegan y es una cosa que no puede evitarse, pero hay que tratar de que lo hagan lo menos posible. Otros autores, sin embargo, han señalado la importancia de éste en la educación que tiene el juego y cómo a través de él se puede conseguir que el niño realice cosas que de otra manera sería difícil que hiciera, entre ellas Axline (2002) menciona la importancia de éste como un medio de expresión de lo que siente y de cómo se ve él mismo, una postura que sería difícil desde un diálogo estructurado como cualquier adulto.

Son muchas las características o los criterios que se han señalado como propios del juego, a continuación se darán algunas especificaciones que delimitan al juego.

Deval (1996) señala que el juego es una situación que tiene el fin en sí misma, es decir, una actividad en la que no se trata de conseguir objetivos ajenos a ella sino que ésta resulta placentera por sí misma. Sería una actividad desinteresada frente a otras que se interesan en el resultado. Baldwin (citado en Deval, 1996), Grandmont (1999) y Shaffer (2000) han denominado al juego como “autotélico”, señalando con esta palabra de raíz griega, ese carácter de finalidad intrínseca; que encuentra en sí mismo el goce o placer, que los niños realizan por pura diversión, pero que sin pensarlo satisface sus necesidades. Al mismo tiempo, afirman que el juego es parte importante en la vida de cada ser humano, es considerado también como una actividad natural del hombre. El juego es una herramienta importante para el aprendizaje de cada ser humano, con él muchas de las cosas que hoy sabemos no podríamos realizarlas.

Además, Shaffer (2000) plantea que el juego va en aumento, los bebés progresan de jugar con sus propios cuerpos, a manipular objetos como sonajas y animales de peluche, hasta saber cuál es la funcionalidad el objeto. Así mismo Deval (1996) señala que, en el juego se puede realizar cualquier cosa sin preocuparse por alcanzar el objetivo y sin que eso produzca una frustración. Dada esta afirmación, se puede señalar la importancia del juego y su gran ayuda para desarrollar la terapia de juego, ya que como lo señala Axline (2002), el juego constituye en el niño el medio natural de autoexpresión, él tiene la oportunidad de actuar por ese medio todos sus sentimientos acumulados de tensión, frustración, inseguridad, agresión, temor, perplejidad y confusión. El poder actuar estos sentimientos por medio del juego hace que emerjan a la superficie expresándolos abiertamente, así el niño puede enfrentarse a ellos, aprendiendo a controlarlos o rechazarlos.

Es así como a través del juego se va a poder facilitar el desarrollo de un niño que tiene algunas dificultades para expresarse, en este caso se trabajará con aquellos niños que están catalogados como agresivos y que son echos a un lado, porque se cree que son un problema para los demás.

Por último, se puede mencionar que no sólo los seres humanos juegan, pero por ser sociales llenos de moral, el juego va a desarrollar ciertas habilidades que los

animales no pueden concebir. Deval (1996) menciona que para los animales el juego proporciona medios de exploración y adaptación al ambiente, y por ello los animales cuya conducta está muy programada, como las hormigas o las abejas, no manifiestan comportamiento lúdico. El juego en los animales tiende a ser social y muchos practican actividades de lucha en el juego, que se distinguen de la lucha real mediante signos, o “metaseñales”, que indican que no se trata de una actividad seria.

Pero si los animales juegan, en el hombre el juego alcanza una importancia superior. En primer lugar podemos decir que los hombres juegan más y durante mayor tiempo que los animales. Generalmente, los animales en condiciones naturales dejan de jugar a la edad adulta mientras que el ser humano continúa jugando sistemáticamente en ésta, en los animales se muestra como si economizaran sus fuerzas y no las gastaran más que para realizar trabajos que les resultan útiles, es decir, el juego desaparece. Por eso el filósofo holandés Johan Huizinga (citado en Deval, 1996) señala que al hombre se le ha denominado durante mucho tiempo *homo sapiens*, pero dado que no son tan razonables como se cree, se le adjuntó la denominación de *homo ludens*, el hombre que juega, ya que éste es un aspecto fundamental de su actividad, y, según él, la cultura brota del juego, y es el juego el primer medio de socialización. De aquí la importancia del juego como una herramienta de comunicación con los otros, y como lo señala Axline (2002) un medio de expresión, ya que su juego expresa lo que el niño quisiera hacer, y puede ordenar su mundo a su entera satisfacción.

Recapitulemos entonces, el juego más que una simple actividad, es un medio de expresión, es una actividad intrínsecamente satisfactoria, que permite el desarrollo del niño y la formación de habilidades sociales para poder comunicarse con sus semejantes. ¿Pero, existe un solo juego? Esa respuesta se dará en el siguiente apartado.

### **3.2 Tipos de juego infantil.**

Las formas en que juega un niño cambian a lo largo de su desarrollo. Los preescolares de corta edad juegan con otros niños, hablan de actividades conocidas, prestan juguetes y los obtienen prestados. Pero su juego es azaroso y no incluye el establecimiento de reglas. Los de mayor edad juegan juntos y se ayudan en actividades orientadas a una meta. Cada una de las clases de juego que los investigadores han identificado posee características y funciones especiales (Craig y Baucum, 2001).

Así es como Craig y Baucum (2001) mencionan que el juego puede clasificarse en los siguientes:

- Juego sensorial. Su finalidad es la experiencia sensorial en y por sí misma. El juego sensorial le enseña al niño los hechos esenciales de su cuerpo y las cualidades de las cosas del ambiente.
- Juego de movimiento. Permiten ejercitar la coordinación corporal. Es una de las experiencias sociales más tempranas porque un adulto o un niño mayor es quien la comienza.
- Juego brusco: son luchas simuladas, pero que no son reales. Ofrece la oportunidad de liberar energía y de hacer ejercicio y sobre todo de saber controlar sus sentimientos y los impulsos y evitar conductas inapropiadas en los grupos. También sirve para distinguir entre lo que se simula y lo que es real.
- Juego con el lenguaje. En este juego los niños combinan palabras para crear nuevos significados. Juegan con el lenguaje para divertirse y verificar la comprensión de la realidad. Este juego permite a los niños ejercitarse en el dominio de la gramática y en las palabras que va a aprender
- Juego dramático y de modelamiento. Consiste en representar roles o imitar modelos: jugar a la casita o al astronauta, etc. En este juego los niños aprenden varias relaciones y reglas sociales, así como otros aspectos de su

cultura. El juego dramático en especial, interactúa con los inicios de la alfabetización.

- Juegos, rituales y competitivo. A medida que el niño crece, su juego adquiere reglas y metas específicas. Este tipo de juegos ayudan a desarrollar habilidades cognitivas como aprender reglas, entender la causalidad, comprender las consecuencias de varias acciones y saber ganar y perder.

Por su parte, West (1994) señala que el juego con fines terapéuticos puede dividirse en: 1) juego espontáneo: sucede cuando los niños juegan porque lo desean y por ninguna otra razón, Ferland (2005) lo llama juego libre, y menciona que favorece la imaginación, la fantasía y la creatividad; 2) juego guiado: sucede cuando alguien encamina el juego del niño, le da permiso y la libertad para jugar. Ferland (2005) lo denomina juego estructurado; 3) juego de evaluación: sucede cuando el terapeuta manipula situaciones para comprender la situación en la que se encuentra el niño; 4) el juego terapéutico enfocado: intenta manejar el juego de evaluación y el juego guiado para obtener un conocimiento a detalle acerca del niño, y finalmente 5) la terapia de juego: posee elementos en común con los anteriores, pero también tiene ciertas diferencias. Es adecuada para niños de edades entre cuatro y once años. Implica una aproximación holística del empleo del juego como un medio para “ayudar”, en una forma no agresiva, a los aspectos físicos, espirituales, emocionales y cognitivos, tanto conscientes como inconscientes; tomando en cuenta el pasado el presente y el futuro del niño. La terapia de juego se ocupa de los sentimientos de los niños, no sólo de su conducta. Afirmación sumamente importante para desarrollar la terapia de juego centrada en el niño que se verá en el capítulo 4.

Por último, Deval (1996) menciona que en el juego el papel del juguete es de gran importancia y es evidente que los niños pueden jugar a muchas cosas sin juguetes, entonces, ¿cuál es su utilidad? Dentro del juego, los juguetes desempeñan una función de apoyo que depende del tipo de juego, pero que en muchos casos no es esencial. Nos referimos particularmente a los juguetes de uso



muy específico, que reproducen la realidad de una forma muy precisa, porque en el juego, muy en especial en el juego simbólico, frecuentemente aparecen objetos que, por la propia naturaleza del juego, se convierten en símbolos de otras cosas. Así mismo, Axline (2002) señala que los juguetes ayudan al proceso de reconocerse a sí mismo, porque definitivamente constituyen el medio de expresión del niño y son materiales que generalmente son considerados como propios del niño. Este apartado, es de gran utilidad debida a que los juguetes son de suma importancia para el desarrollo de la terapia de juego y ésta será un medio fundamental para facilitar el proceso de desarrollo del niño.

Ya se han mencionado, algunas de las características del juego y la clasificación que algunos autores que le dan a éste. Sin embargo, falta desarrollar una parte fundamental que es el objetivo del juego. Sabemos que un niño juega, ¿pero, de qué le sirve jugar, en qué le beneficia? En el siguiente apartado se mencionarán los aportes del juego desde la perspectiva de algunos autores, pero se resaltarán la importancia para el desarrollo de la terapia de juego.

### **3.3 La importancia del juego.**

Deval (1996) menciona que hoy los psicólogos están de acuerdo en atribuir una gran importancia al juego en el desarrollo del niño, y sostienen que es una actividad completamente necesaria para un crecimiento sano.

Comencemos con Craig y Baucum (2001), quienes mencionan que con el juego mejora todos los aspectos del desarrollo del niño. El juego es su forma especial de entrar en contacto con el mundo, de practicar y de mejorar sus habilidades y es una constante en todas las culturas. El juego satisface muchas necesidades en la vida de un niño, ser estimulado y divertirse, expresar su exuberancia natural, vivir el cambio por su valor intrínseco, satisfacer la curiosidad, explorar y experimentar en condiciones no arriesgadas. Se le ha llamado el “trabajo de la niñez” por el papel central que desempeña en el desarrollo. Favorece el crecimiento de las capacidades sensoriales-perceptuales y las habilidades físicas, al mismo tiempo que ofrece oportunidades infinitas de ejercitar y ampliar las habilidades

intelectuales. Propicia el desarrollo social y mejora la creatividad. En otras palabras, podemos decir que es el motor del desarrollo.

Por su parte, Ferland (2005) menciona que hay muchas cosas en un simple juego. El niño registra informaciones, aprende a agarrar y a manipular objetos, a imaginar, a expresar sentimientos y quizá a jugar con otros. Así es para cualquier actividad de juego. Si se examina atentamente, se constata que la simple actividad lúdica requiere distintas facetas en el pequeño y estimula su desarrollo por medio del placer, dando así, que el placer es un componente inseparable del juego. Si el pequeño no experimenta placer realizando una actividad, esta no sería un juego sino un ejercicio, una tarea o una obligación. Así es como el juego es ante todo una actitud subjetiva donde placer, curiosidad, sentido del humor y espontaneidad se dan la mano, lo que se traduce en conducta escogida libremente y de la que no se espera ningún rendimiento específico.

Shaffer (2000) menciona que desde el punto de vista intelectual, el juego proporciona un contexto para comunicarse mediante el lenguaje y usar la mente para fantasear, planear estrategias y solucionar problemas. A menudo, los niños muestran habilidades intelectuales más avanzadas durante el juego fingido que cuando realizan otras actividades, lo que indica que el juego estimula el desarrollo cognoscitivo. En efecto, los niños en edad preescolar que participan en una gran cantidad de juegos simbólicos se desempeñan mejor en las habilidades de lenguaje y creatividad y en las cognoscitivas. Así, las actividades preescolares de simulación también pueden estimular el desarrollo social. Para tener éxito durante la simulación de un juego social, los niños deben adoptar roles diferentes, coordinar sus actividades y resolver cualquiera disputa que puedan surgir. Como Ferland (2005) argumenta, el juego es un facilitador de la vida social del niño, así como benefactor en la actitud social dentro de la familia, es por esto, que el juego permite al niño desarrollar habilidades sociales para poder relacionarse con el otro y expresar en todo momento lo que desea. ¿Pero por qué es importante que se relacione con los demás? Pues simplemente porque es un ser social y como lo mencionan West (1994) y Hellendoorn (1988, citado en; West 1994) el juego

ayudar a involucrar al niño en una relación terapéutica, al permitirle la reactuación simbólica del contenido abrumado por el conflicto y la expresión de los deseos que le molestan y que cotidianamente no podría expresar.

Ferland (2005) expresa que debido a las habilidades sociales que los niños adquieren y las experiencias en la representación de roles, los niños tienden a ser más socialmente maduros y más populares entre sus compañeros. El juego puede estimular el desarrollo emocional sano, al permitir a los niños expresar sentimientos que les molestan o resolver conflictos emocionales.

También Minerva (2002) menciona que la didáctica considera al juego como entretenimiento que propicia conocimiento, a la par que produce satisfacción y gracias a él, se puede disfrutar de un verdadero descanso después de una larga y dura jornada de trabajo. En este sentido el juego favorece y estimula las cualidades morales en los niños y en las niñas como son: el dominio de sí mismo, la honradez, la seguridad; la atención se concentra en lo que hace, la reflexión, la búsqueda de alternativas para ganar, el respeto por las reglas del juego, la creatividad, la curiosidad, la imaginación, la iniciativa, el sentido común y la solidaridad con sus amigos, con su grupo, pero sobre todo el juego limpio, es decir, con todas las cartas sobre la mesa.

Finalmente, West (1994) menciona que el juego crea un lenguaje de símbolos que sólo tiene un significado dentro del contexto de ese niño específico, en ese momento particular. Es decir, que el juego toma seria importancia al catalogarse como un puente que conecta lo conocido con lo desconocido, la conciencia del yo con el inconsciente; una conexión entre eso y lo que representa, y todos esos símbolos representan algo más en sí, y tienen el poder de mediar la experiencia. El símbolo que se crea en el juego, no es una verdad exterior pero es psicológicamente cierto, a tal grado que es de suma importancia que el niño disfrute el juego para expresar simbólicamente todo aquello que lo perturba.

Se han explicado las aportaciones fundamentales del juego para poder desarrollar la terapia de juego. Ahora toca el siguiente capítulo que se enfocará a la descripción más detallada de la terapia de juego centrada en el niño, desarrollada por Axline, y que West (1994) describe como la terapia que proviene de la escuela existencial humanista. En esencia implica que el niño en cierto sentido, actúa como terapeuta ante un adulto permisivo dispuesto a facilitar toda relación interpersonal que enriquezca el desarrollo del niño, así ambos intervendrán en un ambiente cálido que favorezca el conocimiento del yo-tu.

## **CAPÍTULO 4. LA TERAPIA DE JUEGO CENTRADA EN EL NIÑO.**

En la segunda mitad del siglo XX, poco después de la Segunda Guerra Mundial, el interés de las ciencias humanas, va a encargarse entre otras cosas de los niños con diferentes problemas. Es entonces cuando se descubre la contribución del juego en algunas terapias. En esos tiempos, la terapia de juego fue muy efectiva para la inserción en la sociedad a los llamados “niños salvajes”, quienes parte de su vida convivieron con animales. Un ejemplo de lo antes mencionado, es el caso de Víctor, el niño salvaje encontrado en el Sur de Francia en Aveyron (Grandmont, 1999). Es así que, Pulles (citado en Grandmont, 1999) define la terapia de juego en los siguientes términos:

“(...) porque el juego es el medio más apropiado para observar al niño, el juego es el mejor medio de exteriorización y de expresión. Si el adulto puede revelar sus pensamientos y sus experiencias por medio de la palabra, sí él puede exponer sus dificultades y sus problemas en una conversación, esto es imposible para el niño” (p.63).

De este modo, Grandmont (1999) argumenta que el juego es una actividad lúdica que entrena al sujeto a la espontaneidad y a un gran placer; y con ello el niño puede llegar a aprender, es así cuando el juego se convierte en pedagógico y lo mejor cuando se convierte en un proceso terapéutico de gran ayuda.

Siguiendo con esta línea, para Romero (2003) en el transcurso del desarrollo, el niño está en condiciones de poder conseguir a través del juego un estado de estimulación que le permite vivenciar todo lo que le rodea de una manera natural. Cuando esto no se da así, el juego se convierte en una actividad descontrolada que no tiene utilidad para su buen desarrollo. Es así que mediante la terapia del juego, habrá que enseñarle a sentir el placer del juego por el propio juego para que éste cumpla su cometido.

Es justamente que a lo largo de este capítulo nos enfocaremos en la descripción de la terapia de juego, desde sus aspectos generales hasta los particulares.

#### **4.1 Aspectos generales de la terapia de juego centrada en el niño.**

Para comenzar este capítulo mencionemos a Axline (1947, citado en Jerry y Mina 2006) quien manifiesta: “el juego es el medio natural de autoexploración del niño” (p. 1056). Jerry y Mina (2006) y Landreth (2002) afirman que la terapia de juego le proporciona al niño la oportunidad de expresar sus sentimientos y problemas, de la misma forma que en la terapia con adultos, solamente que éstos verbalizan sus problemas en comparación con los niños, y como Axline (2002) lo argumenta, a través del juego se dan cuenta de lo que son y de lo que quieren ser, gracias a que el individuo desarrolla la suficiente confianza en sí mismo como para poder exteriorizar su autoconcepto, para llegar a la completa autorrealización. Rojas (2002) y Tureki y Tonner (2002), afirman que el juego es el medio natural del niño para ensayar nuevas habilidades evolutivas, dominar y elaborar conflictos, expresar sus intereses y necesidades; los niños menores de 10 años generalmente tienen acceso limitado a recursos verbales y pensamiento abstracto y simbólico, por lo que la terapia verbal no es suficiente para aprender nuevas respuestas emocionales y destrezas ni para ventilar conflictos. Esto convierte a la terapia de juego en un recurso técnico reconocido desde hace muchos años para trabajar con niños, incluyendo también el trabajo con la expresión gráfica del niño y elementos de terapia artística.

Así mismo Rogers (Citado en Sánchez, 2006) nos dice que los organismos saben lo que es bueno para ellos. La evolución nos ha provisto de los sentidos, los gustos, las discriminaciones que necesitamos: cuando tenemos hambre encontramos comida, no cualquier comida, sino una que nos sepa bien. Los bebés también parecen querer y gustar aquello que necesitan. Sin embargo, a todo lo largo de nuestra historia, hemos creado un ambiente significativamente distinto de aquél del que partimos. En este nuevo ambiente encontramos cosas tan refinadas como el azúcar, harina, mantequilla, chocolate y demás que poseen sabores que parecen gustar pero que no sirven para nuestra actualización. Rogers agrupa bajo el nombre de visión positiva cuestiones como el amor, afecto, atención, crianza y demás. Está claro que los bebés necesitan amor y atención. De hecho, muy bien

podrían morir sin esto. Ciertamente, fallarían en prosperar; en ser todo lo que podrían ser. Otra cuestión quizás exclusivamente humana que valoramos, es la recompensa positiva de uno mismo, lo que incluye la autoestima, la autovalía y una imagen de sí mismo positiva. Es a través de los cuidados positivos de los demás a lo largo de nuestra vida, lo que nos permite alcanzar este cuidado personal. Sin estos, nos sentimos minúsculos y desamparados y de nuevo no llegamos a ser todo lo que podríamos ser. Como elucidación de lo antes mencionado, se puede hacer referencia a la siguiente frase:

“(…) el individuo tiene dentro de sí mismo recursos vastos para la autocomprensión, para alternar su autonecepto, actitudes y conducta autodirigida y estos recursos pueden aprovecharse si tan sólo es posible que se provea un clima definible de actitudes psicológicas facilitadoras” (Rogers, 1986 citado en West, 1994, p. 180).

En cierta parte, la relación Yo-Tú es la que puede promover el desarrollo de los individuos y de la sociedad, el uno sin el otro se estancan y se deterioran no es posible el desarrollo social sin el individual y viceversa. Es así como la terapia de juego centrada en el niño va a favorecer esta relación de reciprocidad con el mayor fin de facilitar el desarrollo del niño y encontrar su autoactualización y así su autorrealización (West, 1994).

Finalmente en este apartado Jerry y Mina (2006) mencionan que el enfoque relacional de la terapia de juego, fundamentado en el trabajo de Carl Rogers y asociado generalmente al trabajo de Virginia Axline, insiste en la importancia de la relación terapéutica. En este enfoque, el terapeuta crea una atmósfera en la que el niño se siente plenamente aceptado y comprendido. El ámbito en el que se lleva a cabo esta terapia es una habitación de juegos bien surtida en la que el niño puede jugar según lo desee, sin ningún tipo de crítica, prohibición, interpretación o dirección y creando un clima agradable que va permitir la confianza en la relación. El terapeuta observa y registra los pensamientos y sentimientos del niño en un intento de comprender el mundo desde la propia perspectiva del menor.

## **4. 2 Fundamentos teóricos de la terapia de juego centrada en el niño.**

Entre 1930 y 1940, Carl Rogers (1902-1987) buscó una alternativa a lo que algunas personas consideraban los excesos mecanicistas de la terapia conductual, y el enfoque reduccionista de la patología de parte del psicoanálisis, dando un giro hacia los principios humanistas. Se vio atraído por la noción de que, dado un ambiente nutriente, los individuos dentro de sí tienen la capacidad de sobreponerse o crecer a través de sus conflictos internos, y desarrolló la escuela que se conoció originalmente como terapia no directiva centrada en el cliente, ahora terapia centrada en la persona (West, 1994, Landreth, 2002).

Jerry y Mina (2006) mencionan que, la premisa fundamental de este enfoque terapéutico es que cuando se expresan, identifican y aceptan los sentimientos del niño, éste acepta y tiene una mayor capacidad para controlarlos.

Winnicott (citado en Reyes-Navia, 1996) resalta en el siguiente párrafo la importancia de una actitud positiva frente al juego, que sobrepase los usos psicoterapéuticos de éste:

“Es bueno recordar siempre que el juego es por sí mismo una terapia. Conseguir que los chicos jueguen es ya una psicoterapia de aplicación inmediata y universal, e incluye el establecimiento de una actitud social positiva respecto del juego. Tal actitud debe contener el reconocimiento de que éste siempre puede llegar a ser aterrador. Es preciso considerar los juegos y su organización como parte de un intento de precaverse contra los aspectos aterradores del jugar. Cuando los niños juegan tiene que haber personas responsables cerca; pero ello no significa que deben intervenir en el juego. Si hace falta un organizador en un puesto de director, se infiere que él o los niños no saben jugar en el sentido creador de mi acepción de esta comunicación” (pag.38)

Esto nos lleva a la idea de que el juego ya es una herramienta útil para beneficiar a cualquier niño, sin embargo, se debe desarrollar un juego no-directivo que facilite la confianza en la relación terapeuta-niño y que facilite el desarrollo de la comunicación persona-persona, ya que como lo menciona Martínez (1999), la



comunicación es el instrumento privilegiado para contactar con el mundo y consigo mismo, para comprenderlo y comprendernos, ya que sólo así podremos llegar a ser lo que realmente somos. En este trabajo se pretende hacer que el niño que es catalogado como agresivo, pueda convertirse en él mismo, para llegar a ser lo que realmente es, ya que él es responsable de su existencia, no hay autoridad superior que su propia conciencia (Axline, 2002).

Sánchez (2005) menciona que fue Axline quién aplicó con mucho éxito, principios de la terapia no-directiva a la Terapia de juego con niños: por ejemplo, la creencia en las metas naturales del individuo para desarrollarse y su capacidad de autodirección. ¿Pero qué es la terapia no-directiva?

Para Axline (2002) la terapia de juego no-directiva se basa en la suposición de que cada individuo lleva dentro de sí mismo, no sólo la habilidad para resolver sus propios problemas de una manera efectiva, sino también el impulso de crecimiento que hace que la conducta madura llegue a ser más satisfactoria que la conducta inmadura. Este tipo de terapia comienza en la etapa en que el individuo se encuentra y basa el proceso en la configuración presente, permitiendo que los cambios ocurran, incluso de un minuto a otro, durante el contacto terapéutico. La velocidad de estos cambios depende de la reorganización de las experiencias que el individuo haya acumulado, así como de sus actitudes, pensamientos y sentimientos que hacen posible llegar a la introspección: requisito indispensable para que una terapia tenga éxito. Asimismo, la terapia no-directiva da "permisividad" al individuo de ser él mismo, acepta completamente su Yo sin evaluación ni presión para que cambie; reconozca y clarifique las actitudes emocionales expresadas, reflejando lo que el cliente expresa.

Debido al proceso mismo, la terapia no-directiva ofrece al individuo la oportunidad de ser él mismo, de aprender a conocerse, de poder trazar su curso de acción abierta y francamente. González (1991) argumenta que el objetivo inicial de la terapia basada en un enfoque existencial humanista, es que la persona se responsabilice de su propia existencia, es decir, que reconozca que a pesar de todas las experiencias y limitaciones físicas, condiciones que se le han impuesto,

existe un grado de libertad de elección que la hace responsable de sí misma. Así, el individuo necesita comprender que no forzosamente debe hacer lo que los otros desean que él haga, sino que puede elegir lo que él desee, dentro de los límites de las condiciones impuestas.

De esta manera se deja en claro que la terapia de juego no-directiva, tal como se ha dicho anteriormente, puede describirse como la oportunidad que se ofrece al niño para experimentar crecimiento, bajo las condiciones más favorables. Ya que el juego constituye su medio natural de autoexpresión, el niño tiene la oportunidad de actuar por este medio todos sus sentimientos acumulados de tensión, frustración, inseguridad, agresión, temor, perplejidad y confusión. El poder actuar estos sentimientos por medio del juego hace que emerjan a la superficie expresándolos abiertamente, así el niño puede enfrentarse a ellos, aprendiendo a controlarlos o a rechazarlos. Cuando logra alcanzar una relajación emocional empieza a darse cuenta del poder interno que tiene para ser un individuo con derechos propios, de poder pensar por sí mismo y tomar sus propias decisiones, de lograr una mayor madurez psicológica, y al hacerlo llega a realizarse plenamente (West, 1994 y Axline 2002).

Turecki y Tonner (2002) afirman que este tipo de terapia sirve para mejorar el comportamiento agresivo de un niño, ya que la meta inicial, sería hacer sentir al niño seguro de sí mismo. De la anterior línea se desprende que la terapia de juego va a hacer de gran utilidad en facilitar el desarrollo de un niño agresivo. ¿Pero cómo sería posible entablar esa confianza? Esta pregunta se responde con las actitudes básicas que Rogers (citado en González, 1991) desarrolla para poder crear una atmósfera y una relación interpersonales que promuevan el cambio y el proceso de desarrollo del potencial humano. A continuación se describen estas actitudes.

**Autenticidad o Congruencia:**

La actitud de la Congruencia se refiere a la autenticidad, sinceridad y transparencia del terapeuta en su contacto con el cliente. Se trata de un encuentro

existencial, no intelectual, teórico o técnico, el terapeuta se muestra tal cual es, no como una fachada, sino vivo, con sentimientos. La autenticidad es una condición difícil de cumplir que implica dos elementos: que el terapeuta esté abierto a sus sentimientos y experiencias pudiendo simbolizarlos, y que esté dispuesto a comunicar esos sentimientos cuando sea necesario, con vistas a que la relación terapéutica sea auténtica y real (Rogers, 1980).

#### Aceptación incondicional o Consideración Positiva Incondicional

La Consideración Positiva Incondicional es entendida por Rogers como ausencia de evolución o deseo de interferir o modelar, además de respeto e interés positivo hacia el cliente. Es una aceptación total de la persona y sus conductas, que genera un clima de seguridad, que permite al cliente explorar en su interior sin miedos (Rogers, 1980).

#### Empatía o Comprensión Empática

La Comprensión Empática es la capacidad de captar el marco de referencia del cliente, percibir sus significados personales como si fueran propios y acompañarlo en sus sentimientos, de modo que éste pueda explorar con mayor precisión sus experiencias y clarificar sus sentimientos más profundos (Rogers, 1980). En este sentido, González (1991) añade que es como ponerse en los zapatos del otro.

Apoyando lo antes mencionado Landreth (2002) señala que, la filosofía de la terapia de juego centrada en el niño está basada en la interacción social, tanto con el terapeuta como con otros niños; lo cual conlleva al crecimiento emocional y a la maduración del individuo dentro de su sociedad. Así mismo, señala que la terapia de juego es un sistema terapéutico completo, que se basa en las técnicas de relación con el niño, las creencias, la capacidad y la elasticidad del niño para construir su autodirección. Para él, la terapia de juego centrada en el niño es una actitud, una filosofía y un modo y un camino de estar con los niños pero sobre todo que el niño esté bien con él mismo.

Cattanach (2003) menciona que el juego es el lugar donde el niño reconoce la separación de quien soy yo, y que no soy para poder comenzar a desarrollar una relación con el mundo más allá de él. Así mismo indica que, en general la terapia de juego centrada en el niño cuenta con principios básicos que van a llevar al niño de la mano en la relación terapeuta-niño y van a facilitar la confianza dentro de esta relación. De igual forma, Carroll (2001, citado en Cattanach, 2003) describe la práctica de la terapia de juego como un continuo de técnicas no directivas con un objetivo bien definido, que acentúa la capacidad del niño en seleccionar materiales que le dan mayor sentido a explorar experiencias internas y externas para poder comprender su propio mundo.

Dighton (2001, citado en Cattanach, 2003) menciona tres aproximaciones de la terapia de juego, a continuación se enlistan éstas:

1. Se basa en el acercamiento de la teoría humanista, y sobre todo en el modelo de Axline de la terapia de juego no directiva, engrandece la relación terapeuta-individuo y facilita la autorrealización.
2. Debe de haber un acercamiento colaborativo entre terapeuta y el niño. Es este punto sería importante agregar a O' Connor (2000) quien añade que el papel primario de la terapia de Axline es que el terapeuta mantenga un entorno que fomente o anime al niño a confiar en él y permitir el desarrollo de éste.
3. Distinguir los momentos de la sesión y saber en qué momento es necesario poner en marcha ésta.

Observado los puntos anteriores, cuando el individuo desarrolla la suficiente confianza en sí mismo como para poder exteriorizar su autoconcepto y con un propósito determinado, puede dirigir su conducta por medio de evaluación, selección y aplicación para alcanzar su máxima meta en la vida, la completa autorrealización, entonces podrá decirse que está bien adaptado y que la terapia está ayudando (Axline 2002).

Hasta ahora sólo se ha hablado de terapia individual pero en la actualidad las técnicas de la terapia de juego no-directiva pueden aplicarse también a grupos. West (1994) y Axline (2002) mencionan que la terapia de grupo es una experiencia no-directiva a la que se agrega el elemento de evaluación contemporánea de la conducta más las reacciones entre las diferentes personalidades. La experiencia de grupo introduce un elemento muy realista, ya que el niño vive en un mundo con otros niños, tiene que tomar en cuenta las reacciones de otros individuos, y aprender a ser considerado con los sentimientos de los demás. Sin embargo, el asistir a una terapia de grupo no se considera como pertenecer a un "club", "grupo recreativo o educacional", ni tampoco como sustituto de la "situación familiar", es más que eso, es una labor más difícil para el terapeuta, debido a que el elemento de comparación o crítica implicado no interviene en la situación. Sin embargo, la dinámica de las relaciones del grupo presenta en ocasiones agudos focos de problemas inmediatos en las relaciones de un individuo con otros en el grupo. En éste, los niños pronto empiezan a afectarse mutuamente. Discuten las actividades y sentimientos de los otros miembros. Son generosos con su evaluación y consejo. La reacción individual de cada niño hacia las otras personalidades es significativa. Es algo muy posible ayudar al niño a lograr una visión de su problema de inadaptación social al reflejarle los sentimientos que él ha expresado mientras está jugando con los demás. Aun cuando las relaciones de grupo parecen resaltar los problemas, así como apresurar el desarrollo para adquirir una visión, la responsabilidad de instituir el cambio continúa siendo del niño

Es evidente que la terapia de grupo puede ser más efectiva que la terapia individual en los casos en que los problemas del niño se centran en su adaptación social. Por otra parte, en los casos donde los problemas están centrados en una profunda dificultad emocional, la terapia individual es más apropiada. Ya que generalmente es imposible determinar cuál es la base de los problemas del niño; quizá lo mejor sea ofrecerle tanto contactos individuales como de grupo, en la medida que este tipo de arreglo sea posible (West, 1994; Axline, 2002). Sin embargo, en ambas terapias debe haber ciertas limitaciones, que no por ser muy pocas se hacen a un lado; estas limitaciones son factor primordial para que se

pueda llevar una buena terapia y se pueda acercar al niño a un ambiente real; las principales limitaciones son en gran medida en cosas materiales como: la destrucción a placer de los materiales de juego, averiar la habitación y atacar al terapeuta y algo importante es el valor del tiempo. De igual forma, existen limitaciones con sentido común que son necesarias para la protección del niño, éstas deben ser incluidas. Tal parece que existe poco o nada de valor terapéutico en permitir que transcurra la hora con el niño columpiándose de una ventana o entretenido en alguna actividad que sea peligrosa para él. Si debe salir del salón de terapia con un sentimiento de seguridad y respeto hacia el terapeuta, debe ser tratado en tal forma, mientras se encuentre éste en la habitación, que se fortalezcan esos sentimientos. Esto no significa que el terapeuta se convierta en su apoyo o le brinde protección. Significa que el terapeuta está convencido de que, para ser efectivo, la hora de terapia no debe estar tan divorciada con la rutina diaria del niño, en tal forma que no se posponga fuera del cuarto de juego. Debe conservar en mente el hecho que la terapia de éxito está basada en la liberación de sentimientos que ayudan al desarrollo de la visión interior del sujeto, que redundan en una autodirección más positiva. Es importante que el terapeuta comprenda que en muchas ocasiones las actividades desarrolladas por el niño estando en el cuarto de juego suscitarán severas críticas si se llevan a cabo en el exterior. Asimismo, debe enfrentar el hecho de que el niño tiende a sentirse culpable cuando patea al muñeco que representa al papá, golpea a la muñeca que representa a la mamá, o asfixia al muñeco que representa al hermano o hermana. Para proteger al niño de posibles sentimientos de culpa y prevenir la formación de cualquier concepción equivocada en su mente en lo relacionado a cuál puede ser un comportamiento adecuado, se ha enfatizado delimitar las características de la terapia de juego.

Cuando los sentimientos y actitudes del niño son expresados a través de sus palabras y juego, la experiencia puede ser analizada objetivamente, y ambos, el niño y el terapeuta, pueden aceptar honesta y completamente este comportamiento verbal y simbólico. Si el elemento verbal y simbólico fuera eliminado, determinadas actitudes e impulsos podrían no ser aceptados por el niño

ni por el terapeuta. En consecuencia, las limitaciones que son necesarias para lograr estas condiciones son establecidas como un requisito previo para una terapia satisfactoria (Axline, 2002).

Finalmente se cerrará este apartado con la siguiente frase:

“... El tipo de terapia que aquí estamos describiendo está basada en una teoría positiva de las habilidades que posee el individuo. No limita ningún aspecto de crecimiento individual. Es una terapia abierta, activa, que comienza en la etapa en que está el individuo y permite que ésta llegue hasta donde él es capaz de hacerla. Es por esto que no se hacen entrevistas de diagnóstico previas a la terapia. Independientemente de la conducta sintomática que presente, el individuo es recibido por el terapeuta en su etapa actual. Las interpretaciones se evitan hasta donde es posible por la misma razón...” (Axline, 2002, pág. 31).

#### **4.3 Modo de intervención de la terapia de juego centrada en el niño “agresivo”.**

A veces los terapeutas se preguntan ¿Cuál es la diferencia entre los niños “normales” y “perturbados” en el ambiente de la terapia de juego? Es obvio que cada niño varía pero la mayoría de los que son “normales”, si se les coloca en el cuarto de juego y ante un terapeuta atento, exploran de manera espontánea el cuarto y existe una cercana relación con el terapeuta. Sin embargo, los niños perturbados pueden no haber tenido la oportunidad de satisfacer las necesidades de juego y tal vez se saltaron una etapa que, en un ambiente terapéutico tiene la oportunidad de experimentar (West, 1994). Es así, como describiremos la terapia de juego para los niños catalogados como agresivos.

Antes de pasar a los candidatos para terapia de juego y a las descripciones del terapeuta, sería importante añadir que, la terapia de juego debe estar conformada por sesiones específicas y éstas deben de ser informadas a los padres de familia ya que éstos son participantes directos en el desarrollo del niño (Axline, 2002).

Para West (1994), los niños en terapia de juego atraviesan de manera característica cuatro etapas. Las primeras dos son de conocimiento del medio, conocimiento de sí mismo y conocimiento de lo que es capaz de hacer el niño. Axline (2002) lo llama sentido de sensibilización; las dos finales son aceptación de lo que es y de lo que hace el niño, así como la autorrealización, es decir sentirse bien con lo que él hace y quiere llegar a ser. En ocasiones, varía el orden de las primeras tres etapas. Aunque las etapas no siempre son estrictas en la práctica, y a veces es difícil diferenciarlas a pesar de la conclusión satisfactoria de la terapia de juego, son sin embargo, lo suficientemente útiles para requerir atención cuidadosa. El proceso terapéutico no se desarrolla de manera automática y depende, en parte, de la relación de trabajo, que se conoce como alianza terapéutica, que se forja entre niño y terapeuta. La alianza terapéutica es más probable cuando el terapeuta de juego responde de manera consistente y sensible a los sentimientos del niño, acepta la actitud de éste y transmite una creencia constante y sincera y con respeto hacia el niño.

Como se ha mencionado a lo largo de este trabajo, la terapia de juego de Axline, es posible gracias al desarrollo de la terapia existencial humanista de Carl Rogers, por lo cual, se considera que es de suma importancia tomar en cuenta los aspectos fundamentales que rigen a la terapia centrada en la persona, para ello haremos alusión a lo mencionado por Lafarga y Gómez del C (2003) quienes señalan las principales hipótesis de Rogers.

- a) El proceso psicoterapéutico está fundamentalmente motivado por el impulso de la persona hacia el crecimiento, la salud y la adaptación. La psicoterapia consiste en liberar a la persona de los elementos que obstaculizan su desarrollo normal.
- b) Este proceso está más vinculado a la expresión y clarificación de los sentimientos que a la comprensión intelectual de la experiencia.
- c) La comprensión de las circunstancias del presente inmediato de la persona es más importante que su pasado.



d) La experiencia de la relación terapéutica y no la conceptualización de ésta, es el elemento determinante del crecimiento en el proceso psicoterapéutico.

Después de esbozar las hipótesis principales de la terapia de Rogers, examinemos más de cerca las formas concretas en que esta actividad se traduce. Rogers y Kinget (1971) señalan que puesto que el terapeuta rogeriano no trata de juzgar, interrogar o dar seguridad, ni de explorar o interpretar, sino que por el contrario, trata de participar en la experiencia inmediata del cliente, se deduce fácilmente que sus respuestas deben adaptarse al pensamiento de éste hasta el punto de rehacerlo dándole una forma equivalente o que, al menos, el niño o niña reconozca como suya. Por ello, la respuesta característica del enfoque rogeriano se indica con el nombre de “reflejo.” Para estos autores, reflejar consiste en resumir, interpretar o acentuar la comunicación, manifiesta o implícita del cliente, para hacer entender esta identidad de percepción al interesado y de un modo más convincente que por una simple afirmación. El medio más directo y más seguro de realizar esto es la respuesta – reflejo; es el primer medio de instrumentalización en la terapia centrada en el cliente.

La respuesta - reflejo puede presentar diferentes modalidades en la medida en que da luz al cliente sin instruirlo y afina su pensamiento sin traicionarlo, se le describe de tres diferentes formas según el valor de elucidación: 1) “reiteración” o reflejo simple; 2) “reflejo del sentimiento” y 3) elucidación. A continuación se especifica el contenido de cada uno de estos.

La reiteración o reflejo simple

Está dirigido al contenido estrictamente manifiesto de la comunicación, es breve y consiste en resumir la comunicación del cliente o en poner de manifiesto un elemento importante o simplemente en repetir las últimas palabras que faciliten la continuación del relato. Se emplea cuando la actividad del cliente es descriptiva, es decir, cuando le falta sustancia emocional, el terapeuta se limita a reproducir, sencilla y fielmente alguno de los elementos que sobresalen en la comunicación

explícita. La reiteración facilita el proceso dando al sujeto el sentimiento de ser perfectamente comprendido y respetado.

#### Reflejo del sentimiento

Trata de sacar a la luz la intención. La actitud o el sentimiento inherentes a sus palabras, proponiéndolos al cliente sin imponérselos. Tiene un carácter más dinámico que la reiteración, éste tiende a favorecer la evolución de la figura, en el sentido de una amplificación, de una diferenciación o de una corrección para desplazar el centro de la percepción.

#### La elucidación

Consiste en captar y cristalizar ciertos elementos. Así mismo trata de poner de manifiesto sentimientos y actitudes que no se derivan directamente de las palabras del sujeto sino que pueden deducirse razonablemente de la comunicación o de su contexto.

Finalmente, a través de estos tipos de respuesta-reflejo y a la reproducción exacta de su comunicación, en los mismos términos en que él lo hace, se puede hacer comprender al cliente que se participa en su experiencia; que se piensa no “en” él, sino “con” él. Y a causa de ello, representa el medio por excelencia de facilitar la toma de consciencia autónoma de la experiencia vivida (Rogers y Kinget, 1971).

### **4.3.1 El niño como individuo.**

González (2006) comenta que, desde su nacimiento, el ser humano tiende a buscar y lograr la sobrevivencia, el desarrollo y la realización personal. Esta tendencia humana natural lo impulsa hacia una búsqueda permanente de sí mismo. Cuando el ser humano nace, es completamente él mismo. A medida que crece e interactúa con su ambiente, va modificando su comportamiento y lo adecua a las expectativas que de él se tienen, con la finalidad de ser aceptado y amado. También debe conocerse, aceptarse, quererse y respetar su dignidad

como ser humano mediante una actitud continua de observación, análisis y síntesis que le lleve a formarse una conciencia crítica, para interpretar de manera lógica y razonada su propia realidad y la del ambiente que lo rodea.

Muchas veces se ha dicho que en cada individuo existen ciertas necesidades básicas y que el organismo lucha constantemente por satisfacerlas. Axline (2002) menciona que, cuando alcanza una satisfacción relativamente plena se dice que el individuo está bien adaptado. Cuando el esfuerzo por buscar esta tranquilidad de sus necesidades se encuentra impedido, toma caminos desviados para lograr la satisfacción y se dice en este caso que el individuo está mal adaptado. Esta es una simple explicación de lo que significa adaptabilidad o inadaptabilidad, aunque realmente no parece adecuada para explicar la complejidad de los logros del organismo humano. Ciertamente, esta explicación sobre la conducta humana es muy pobre para justificar aspectos como "respeto por el individuo" y la "dignidad a la que todo ser humano tiene derecho". En realidad, en esta exposición uno se inclinaría más a admirar al tipo de conducta "mal adaptada" porque parece más compleja, más ingeniosa y más selectiva que aquella otra que sólo se basa en la satisfacción directa de las necesidades.

La personalidad parece no admitir ser clasificada, estereotipada o fragmentada. Un individuo que actúa como rígido y temeroso ante una situación particular o con una determinada persona, reacciona muchas veces de manera bastante diferente bajo otras circunstancias y en relación con otros individuos. La conducta del individuo parece estar regida en todo momento por un solo impulso, que es el llegar a una completa autorrealización. Cuando este impulso se encuentra bloqueado por presiones externas, el crecimiento hacia ese objetivo no cesa, sino que continúa con creciente ímpetu debido a la fuerza que generan las tensiones creadas por la frustración. Es aquí, en donde se señala que cualquier niño con alguna tensión que no permita su autodesarrollo, entre ellos el niño agresivo, que no encuentra otro medio más que la misma agresión como forma de expresión, puede acercarse a la terapia de juego, misma que actuará como facilitadora de la expresión de todos los sentimientos arraigados. Es decir, cuando un individuo se

encuentra ante una barrera que le hace más difícil alcanzar la completa realización de su Yo, forma un área de resistencia, fricción y tensión. El impulso hacia la autorrealización continúa y la conducta que adopta el individuo demuestra que, está satisfaciendo este impulso interno por medio de luchar abiertamente para establecer su autoconcepto dentro del mundo real, o bien que lo está solventando en forma vicaria, reprimiéndolo en su mundo interno donde podrá establecerlo con menor esfuerzo. Entre más se internaliza más peligroso es, y entre más se aleja del mundo real más difícil será ayudarlo. De esta manera, la terapia de juego centrada en el niño, va a buscar que el niño perciba el mundo exterior y el interior para poder tomar consciencia de sí, en su aquí y en su ahora, y llegar a la autorrealización y poder así trascender.

En cuanto a las edades de los niños, West (1994) menciona que, una ayuda para la evaluación y valoración del trabajo del terapeuta es que se esté familiarizado con las etapas normales de juego, pero en terapia de juego, los niños pueden funcionar, de modo parcial, a niveles menores o mayores de su edad cronológica debido a la necesidad de regresión o a causa de su pseudocomplicación. A continuación se muestran las edades y la tasa de respuestas del niño en promedio, ya que como lo mencionó West todo es parcial, dependiendo del desarrollo del niño (cuadro 4.1).

Cuadro 4.1 Tasa de respuestas para el niño “promedio” referido a terapia de juego (p.19)

Edad	Se espera cierta mejoría dentro de:	Se espera mejoría significativa dentro de:
De 3 hasta 6 años	4 semanas	2 – 4 meses
6 - 8 años	4 – 6 semanas	3 – 6 meses
8 - 10 años	4 – 8 semanas	4 – 12 meses
10 - 12 años	4 – 8 semanas	4 – 15 meses

Como se observa en la tabla anterior, entre más grande el niño es probable que requiera de un mayor número de sesiones, ya que como se ha venido revisando, en el enfoque humanista no se trata de un criterio general o único, sino más bien de una aceptación incondicional ante cada niño, de lo contrario se estaría siendo incongruente con los principios del enfoque existencial humanista; sin embargo, West (1994) señala que el número de sesiones que serán trabajadas, es en gran parte, porque existe una concepción de moral en cada niño que va a alentar el proceso, pero en cierta forma va a depender del niño y del terapeuta (Sánchez, 2005). A continuación se hablará sobre este aspecto importante.

#### **4.3.2 El terapeuta como facilitador en el proceso de la terapia de juego.**

Para O'Connor y Schaefer (1994) el terapeuta de juego mira el interés social como un objetivo de la terapia. También señalan que el terapeuta más que un componente de consulta para los padres, y él comienza a construir relaciones confortables entre cliente y terapeuta. El terapeuta de juego usará la empatía, la autenticidad y el calor humano para dejar en claro que el principal objetivo es el desarrollo del niño. Asimismo, Landreth (2001) manifiesta que la mayor parte de los terapeutas pelean para dejar a un lado las etiquetas y aceptar las diferencias de cada niño que llega a terapia.

Para Klinkhamer-Steketee y Toyne (1997) es importante escoger el momento exacto para realizar la terapia de juego, y agrega West (1994), el terapeuta de juego debe verse, no tanto como un experto que evalúa el juego, y desenmaraña el trauma del niño, sino más bien como un facilitador y coexplorador que intenta seguir la guía del niño más que alterarlo o controlar el juego. La aproximación que se centra en el niño le ofrece a éstos la oportunidad del establecimiento de sus propias formas de comunicación y reciben la retroalimentación cuando el terapeuta de juego les refleja el afecto y contenido de lo que ocurre.

Finalmente se abordarán los ocho principios básicos que Axline (2002) establece como la guía del terapeuta y que son muy sencillos, pero de enormes

probabilidades para obtener resultados en el proceso de la autorrealización, siempre y cuando sean ejecutados con sinceridad, consistencia e inteligencia.

Los principios son los siguientes:

1. El terapeuta debe desarrollar una relación amigable con el niño, mediante la cual se establece una armonía lo antes posible.
2. El terapeuta acepta al niño tal como es.
3. El terapeuta crea un sentimiento de actitud permisiva en la relación, de tal forma que el niño se siente libre para expresar sus sentimientos por completo.
4. El terapeuta está alerta a reconocer los sentimientos que el niño está expresando y los refleja de nuevo hacia él, de tal forma que logra profundizar más en su comportamiento.
5. El terapeuta observa un gran respeto por la habilidad del niño para solucionar sus problemas, si a éste se le ha brindado la oportunidad para hacerlo. Es responsabilidad del niño decidir y realizar cambios.
6. El terapeuta no intenta dirigir las acciones o conversación del niño en forma alguna. El niño guía el camino; el terapeuta lo sigue.
7. El terapeuta no pretende apresurar el curso de la terapia. Este es un proceso gradual y, como tal, reconocido por el terapeuta.
8. El terapeuta establece sólo aquellas limitaciones que son necesarias para conservar la terapia en el mundo de la realidad y hacerle patente al niño de su responsabilidad en la relación.

Por otro lado, O'Connor (2000) sólo menciona 6 aspectos generales del terapeuta, algunos que no son textuales en Axline son: "establecer una atmósfera de seguridad y entender la palabra fenomenal del niño, de lo que sucede en ese presente" p. 314.

Así entonces, el terapeuta de la terapia de juego es parte fundamental de ella, y un factor elemental es la comprensión y aceptación del cliente, de lo contrario la terapia no facilitará el desarrollo.

#### **4.4 Material y cuarto de juegos que se sugieren para el desarrollo de la terapia de juego centrada en el niño “agresivo”.**

Para Cattanach (2003) cuando los niños juegan imaginativamente en cualquier contexto, crean un mundo ficticio que puede ser un modo de tener sentido de su verdadero mundo. Muchos juguetes, objetos y otros materiales son herramientas que el terapeuta ofrece para relacionar las conexiones del niño entre el mundo real y el ficticio.

Axline (2002) menciona que, aún cuando es deseable disponer de una habitación separada y amueblada para el cuarto de juegos, esto no es absolutamente necesario. Esto se puntualiza porque demuestra el sinnúmero de posibilidades de utilizar las técnicas de terapia de juego con un pequeño presupuesto y características de espacio, lo más importante es la disponibilidad del terapeuta y la relación de confianza que se genere de persona a persona.

A continuación se describen todos los materiales requeridos para realizar la terapia de juego, es importante señalar que lo siguiente se puntualiza en la terapia de juego no-directiva realizada por Axline (2002).

Si se dispone de dinero y espacio para amueblar una habitación especial para la terapia de juego, se ofrecen las siguientes sugerencias:

1. La habitación debe ser adaptada contra ruidos, si eso es posible.
2. Se debe disponer de un fregadero con agua caliente y fría, en la habitación.
3. Las ventanas deberán estar resguardadas por enrejados o cortinas.
4. Las paredes y pisos deberán ser protegidos con un material de fácil limpieza y que resista la arcilla, la pintura el agua y el constante golpeteo.

5. La habitación puede ser acondicionada para realizar grabaciones y equipada con una pantalla de vista unilateral, para que las observaciones puedan realizarse sin que el niño se dé cuenta de la presencia del observador, cuanto mejor, pero este equipo solamente deberá utilizarse para el incremento de la investigación y como auxiliar en el aprendizaje de los terapeutas estudiantes en caso de que se trate de procesos de formación. La autora no cree pertinente que los padres presencien el proceso terapéutico o escuchen las grabaciones de las sesiones de juego, ya que es un evento personal y la observación directa puede hacer que el niño no pueda expresarse abiertamente.

Los materiales de juego que han sido utilizados con diferentes grados de éxito incluyen: botellas para alimento infantil; una familia de muñecos; una casa de muñecas amueblada; soldados de juguete; materiales domésticos de juego, incluyendo mesa, sillas, catre, cama de muñecas, estufa, vasijas de hojalata, sartenes, cucharas, vestidos de muñecas, cordel de tender, pinzas para la ropa, y cesto para la misma; una muñeca; una muñeca grande de trapo; títeres; un escenario para títeres; tizas de colores; arcilla, pinturas; arena; agua; pistolas de juguete; juego de palas; mazo de madera; muñecas de papel, autos pequeños; aeroplanos; una mesa; un caballete de pintor; una mesa recubierta de esmalte para dibujar y hacer trabajos con arcilla; un teléfono de juguete; estantes; una palangana; una pequeña escoba; un trapeador; trapos; papel para dibujar; papel para pintar; periódicos viejos; papel barato para cortar; fotografías de personas, casa, animales y otros objetos; canastas vacías de bayas para hacerlas pedazos. Los juegos de damas han sido utilizados con cierto éxito, pero no es el mejor tipo de material para el juego expresivo. De igual forma, los juegos mecánicos no son recomendados porque lo mecánico con frecuencia interfiere con el juego creativo.

Si no es posible adquirir todos los materiales sugeridos, se puede iniciar empleando un grupo de muñecas y unas cuantas piezas de mobiliario en la debida escala, incluyendo camas, mesas y sillas; mamilas; arcilla; cajas de pinturas, frascos grandes de pintura de agua, papel para dibujar; tizas de colores; pistolas de juguete; soldados de juguete; un auto de juguete; títeres; una muñeca de trapo,



y un teléfono. Estos materiales pueden colocarse en una maleta y ser transportados por el terapeuta.

Todos los objetos de juego deberán ser sencillos en su construcción y fáciles de manejar para que el niño no se sienta frustrado por un equipo que no puede manipular. Más aún, deberán estar sólidamente contruidos, diseñados para soportar las rudas maniobras en el cuarto de juego. La casa de muñecas debe ser de madera ligera, con partes removibles y variables, y equipada con muebles de madera resistente que puedan ser arrojados, golpeados, y hasta ser utilizados para pararse sobre ellos, y, aún así, permanecer relativamente intactos. La familia de muñecos debe ser lo más irrompible que se pueda, y equipados con vestimenta cambiabile. Una familia de muñecos bastante accesible puede hacerse con tubos de limpieza, envolviéndolos con algodón y asegurándolos con cinta adhesiva para darles cuerpo. Las cabezas pueden formarse con pequeñas bolas de algodón cubiertas de tela. Debe haber muñecos que representen a la madre, el padre, el hermano, la hermana, el bebé, y el abuelo, para proveer al niño con todos los símbolos posibles de la familia. Los títeres de mano o muñecos también pueden hacerse de tela, utilizando algodón prensado como cabeza y cabellera de estambre. Los títeres, también, deben abarcar todos los miembros posibles de que se compone una familia.

Una caja grande de arena es el lugar ideal para colocar la familia de muñecos y la casa, los soldados de juguete, autos y aeroplanos. Más aún, la arena es un medio excelente para el agresivo juego de los niños. Puede ser arrojada con relativa seguridad. Los muñecos y otros juguetes pueden ser enterrados en ella. Puede representar "nieve", "agua", "un lugar para enterrar" o "bombas". Puede con facilidad ajustarse a la imaginación más elástica. Si la caja de arena se coloca al nivel del piso y tiene un asiento construido a su alrededor, será más accesible a los niños de todos los tamaños de lo que sería una mesa de arena.

Si la habitación es lo bastante grande, se recomienda tener un "escenario" construido en uno de sus extremos, con una elevación promedio de veinte centímetros. Éste debe equiparse con muebles de tamaño del niño, los cuales

también deberán cumplir con los principios de durabilidad, así como brindar a los niños la ventaja de tener una unidad de teatro, y un escenario para representaciones dramáticas. La pequeña elevación no es absolutamente necesaria, pero tiene el efecto de separar la unidad de teatro; de igual forma, parece inspirar esfuerzos dramáticos. Las posibilidades del psicodrama están sujetas a una investigación más profunda como medio para la terapia.

Es responsabilidad del terapeuta mantener una revisión constante de los materiales, sacando los juguetes rotos y conservando la habitación en orden. Si el cuarto es utilizado por varios terapeutas, cada uno de ellos tiene la responsabilidad de ver que se deje en orden para que los resultados del juego de un niño no sean sugerentes al niño que llega después. Por ejemplo, si la caja de arena se utiliza como una réplica de una distribución hogareña, por un niño, jamás deberá dejarse en estado de caos para el siguiente niño en la terapia del juego. Las pinturas y la arcilla deberán conservarse limpias e higienizadas. Si los colores de la pintura empiezan a deteriorarse, deberán retocarse para conservar su apariencia limpia. Las mamilas deberán conservarse esterilizadas. Todos los cuadros y trabajos de arcilla deberán retirarse del cuarto de juego al finalizar cada sesión para que la habitación esté siempre libre del uso sugestivo de materiales.

Debido a la naturaleza de algunos de los materiales de juego, se sugiere proveer al niño de un cubretodo (bata) para proteger sus ropas; esto puede ser suministrado ya sea por los padres o por el terapeuta. El niño debe sentirse libre para utilizar los materiales en la forma que desee, dentro de las escasas limitaciones que sean dispuestas, sin ser restringido por el temor de ensuciar su ropa.

Se han mencionado algunos de los materiales que facilitan la terapia de juego centrada en el niño, pero no se trata de contar con todos ellos en el espacio de la terapia, más bien se trata de facilitar una buena comunicación entre el individuo y sus semejantes para que él mismo se de cuenta de quien es y de que quiere hacer (González, 1991).

#### **4.5 Relevancia para la psicología actual.**

Hoy en día se observa que existen muchos niños que son catalogados con diferentes etiquetas, desde un autista hasta alguien con déficit de atención e hiperactividad, pero en realidad no se les ha dado a esos niños la oportunidad de expresar lo que realmente sienten, es por eso que la terapia de juego centrada en el niño va a generar la facilidad de ayudar a ese niño a encontrarse a él mismo y no a que los demás encuentren un lugar dentro de una categoría para él.

Axline (2002) menciona que cuando uno se detiene a considerar que el niño ha sido traído de la clínica porque el padre está buscando que modifiquen su conducta, se llega a la conclusión (y parece muy acertada) que el padre está rechazando en parte, sino es que toda, la actitud del niño. En consecuencia la total aceptación del niño parece ser de vital importancia para el éxito de la terapia. ¿Cómo puede el niño adquirir el valor para expresar sus verdaderos sentimientos si no es aceptado del todo por el terapeuta? ¿Cómo puede evitar los sentimientos de culpa resultante de lo que hace si no se siente aceptado por el terapeuta, no importando lo que él pueda decir o hacer? La aceptación no implica una aprobación de lo que él está haciendo. Ésta no puede ser muy enfatizada. Aprobar ciertos sentimientos negativos que el niño puede expresar sería más de perjuicio que de ayuda, es importante revisar las hipótesis, las formas de instrumentalizarlas y las actitudes (mencionadas en el apartada 4.2 y 4.3 respectivamente) para realizar una buena terapia y servir como un buen facilitador.

Como lo observamos a lo largo de este capítulo, la terapia de juego es una herramienta útil para la autoexploración y la liberación de sentimientos arraigados en los niños. También observamos que en ellos, es más difícil expresarlos que en los adultos, es decir que en cualquier terapia clínica el adulto por sí solo va a hallar sus sentimientos arraigados, pero el niño es por medio de la terapia de juego que sin querer y sobre todo sin ser guiado, va a dar respuesta a todo aquello que le perjudica y lo hace sentir mal, y no sólo eso, sino que va a encontrar la verdadera finalidad lúdica del juego. West (1994) afirma que, la orientación es una forma terapéutica de comunicación verbal y no verbal, a niveles inter e intrapersonales,

con otro individuo. Los adultos están acostumbrados a enseñar, entrenar, ayudar, socializar y reprobar a los niños; el lenguaje, la conducta y las actitudes de los adultos en general, expresan que ellos saben más y que se les tiene que obedecer. La relación terapéutica centrada en el niño es diferente, el niño y el terapeuta de juego se unen en sociedad, como apoyo mutuo en donde no hay diferencias entre ellos y en donde no se pretende enjuiciar ni favorecer al terapeuta. El punto consiste en validar al niño, todo esto es imposible sin la efectividad de un buen terapeuta o facilitador, es así que este autor menciona que son esenciales las cualidades personales adecuadas, entrenamiento y comodidad con el enfoque centrado en el niño. Es de vital importancia que se encuentre en una formación profesional con el área de interés, y qué mejor que sea la psicología ese primer instrumento para acercarse al niño.

Por tradición, los trabajadores sociales han estado involucrados con clientes dentro de un ambiente social, y los psicoterapeutas con los conflictos intrapsíquicos y los mundos internos de sus clientes (Konopka, 1986; Simmonds, 1988 citados en West, 1994), lo que señala los límites borrosos y la confusión resultante que existe cuando los profesionales invaden los campos de otros. En cualquier esfera, la efectividad terapéutica puede ponerse en riesgo a causa de conocimientos deficientes y habilidades escasas. Es por eso y de vital importancia, que los terapeutas de juego sean estrictamente capaces de visualizar todos los conflictos tanto cognoscitivos como sociales de los niños, y qué mejor que teniendo bases teóricas y prácticas en psicología (West, 1994). Axline (2002) afirma que, los profesionales de la educación pueden ser una ayuda para la mejora en la salud mental de la relación niño-profesora, porque así como el individuo utiliza su creciente independencia corporal para aumentar los límites de su capacidad física, también utiliza su creciente independencia psicológica para extender los límites de sus capacidades mentales; pero la terapia de juego centrada en el niño, no está desarrollada para que éstos la lleven a cabo como una forma de psicoterapia.

Es así como los profesionales en psicología deben de interesarse en conocer y estudiar la terapia de juego para saber si con ella pueden facilitar un proceso arraigado de un niño y no limitarse a sólo llevar una psicoterapia que aparte de ser tradicional, no invita en su mayor expresión a los niños a liberarse de la carga emocional con la que cuentan.

Este capítulo concluye con la siguiente frase:

“... si tan sólo pudiéramos aprender a responder de manera afectiva a los niños en el momento de crisis en sus vidas que los lleva a nosotros, y en momentos críticos subsecuentes que son parte del crecimiento, salvaríamos a muchos de ellos a convertirse en clientes en un sentido u otro durante el resto de sus vidas” (Winnicott, 1984; citado en West, 1994, p. 3).

Esto significa que como trabajadores de la salud, tenemos el compromiso y la ética de no limitarnos, sino más bien hay que buscar alternativas que permitan facilitar el desarrollo óptimo de la persona que lo necesite, sin tener que guiarla al encuentro en sí, sino ella misma debe de buscarse y encontrarse. Así mismo, siempre debemos de estar abiertos ante cualquier experiencia ya que también somos individuos, y hay de estar preparados para cualquier situación, y una de ellas puede ser saber identificar cuándo un niño necesita esa facilitación, por que de lo contrario sólo lo orillaremos a no trascender y a quedarse en un mundo ficticio en el cuál no se siente a gusto y eso puede llevarlo a problemas en un futuro, por eso es de suma importancia, pensar en la experiencia de un aquí y un ahora, como lo menciona Rogers (1980), desde un ambiente de aceptación que observe al niño mas allá de diagnósticos o problemas sociales infranqueables.

## CONCLUSIÓN

Después de haber desarrollado estos cuatro capítulos, se ha llegado al final de esta tesina dando un recorrido histórico y social del beneficio del juego como una actividad lúdica que da paso importante al desarrollo de la terapia de juego, el poder conocerla y sobre todo como psicólogos y profesionales de la salud, el poder aplicarla en niños de entre 4 a 12 años, para poder lograr un óptimo desarrollo y la expresión emocional de los pequeños (West, 1994). No es fácil ofrecer una visión rápida del niño dentro de la terapia de juego, lo mismo que es difícil transmitir la riqueza, sutileza y minuciosidad del trabajo y de la relación. Sin embargo, se presentaron algunos aspectos que rodean la referencia de la terapia de juego. De esta forma, se puede señalar que el terapeuta en la terapia de juego se preocupa del niño “en su totalidad” y le permite acceder a la capacidad de enfrentarse a diferentes situaciones en un futuro. También, se encontró que la tarea más importante para el terapeuta de juego es apoyar de manera consciente al niño a través de lo que pueda suceder en la sesiones, mediante la aceptación de “errores” a medida que el niño crece en su totalidad. Asimismo, la terapia de juego centrada en el niño brinda la oportunidad de que el niño exteriorice todos sus sentimientos negativos solamente cuando él esté preparado, ya que el terapeuta no conoce tan bien al niño como él se conoce a sí mismo.

Se ha realizado una exploración desde como la sociedad influye en el desarrollo, del niño hasta las habilidades que éste debe tener para poder convivir con sus semejantes. Así mismo, se indagó acerca de la agresividad y de las posibles causas que generan este problema, se indagó acerca de la importancia del juego y finalmente se mostró una serie de puntos clave para poder desarrollar la terapia de juego. Ciertamente, el no hacer toda esta revisión, nos llevaría a una incomprensión del tema, ya que como Romero (2003) lo indica, es fundamental conocer las situaciones relevantes en la vida de cada sujeto para no hacer juicios valorativos sobre las conductas individuales y poder ayudar al potencial de crecimiento del individuo, su verdadero yo y sobre todo a alcanzar la autorrealización. Lo antes mencionado, fue desarrollado en la afirmación de Axline

(2002) en donde presume que la conducta del individuo parece estar regida en todo momento por un solo impulso, que es el llegar a una completa autorrealización.

A largo de ésta, se encontró que el humanismo surge como una necesidad ante el malestar social y más que un marco teórico, supone una técnica de análisis que manifiesta al individuo como una totalidad que es movida por una fuerza impulsiva (Feixas y Miró, citados en Naranjo, 2004; Romero (2003) También, se observó como Sánchez (2005) lo manifiesta, que se debe destacar la percepción particular de la realidad como determinante de la conducta individual en cada momento, ya que cada individuo es responsable de sus actos y de sus conductas, y cada uno se centra en el presente, en su aquí y en su ahora; a esto podemos añadir lo que Axline (2002) menciona, si se le da al niño la oportunidad de canalizar su crecimiento interno hacia una forma más positiva y constructiva, éste será capaz de resolver sus problemas, tomar decisiones y más responsabilidades de las que generalmente se les permite tener.

Como Sánchez (2006) mencionó al principio del presente trabajo, Rogers impactó con la fenomenología como la búsqueda en el discurso del otro y en el propio, para poder escuchar y responder, ¿pero qué pasa cuando no hay discurso del otro y más aún en buscar ese discurso que no se da de manera inmediata? Es una cuestión que pocos psicólogos se han interesado en responder. Es así como Axline desarrolla la terapia de juego centrada en el niño, para atender la demanda de aquéllos que no cuentan con óptimas habilidades sociales para poder expresar sus sentimientos y poder así, liberarse de sus tensiones y frustraciones y desarrollar las poderosas fuerzas internas que luchan continuamente por lograr crecimiento, madurez y realización total. Es de esta manera, que el proceso que se puede generar a través de la terapia de juego y atendiendo a todos los principios y experiencias que en ella se encuentran, que se pueden generar cambios positivos en la forma en la que el niño se relaciona con sus semejantes.

Así mismo, se encontró que entender las cualidades del individuo se da a través de la experiencia de la persona tal y como O'Connor (2000) y Ellis, Abrams y

Dengelegi (2008) lo mencionaron. También, Axline (2002) argumentó que estas experiencias son creadas a través de la terapia de juego y dan la oportunidad al individuo (niño) de conocerse a sí mismo a través de la relación con el terapeuta, por lo cual la terapia de juego va a facilitar al niño a reconocerse y a reconocer su entorno.

Además se encontró que, el autoconcepto es una pieza fundamental para poder facilitar el buen desarrollo del niño, tal y como lo manifestó Romero (2003), entendiendo como un buen desarrollo la autorrealización, como la obtención de la satisfacción de necesidades progresivamente superiores y, junto a esto, la satisfacción de la necesidad de estructurar el mundo a partir de sus propios análisis, experiencias y valores, y la completa autoexpresión y autoconcepto que le permita obtener la flexibilidad en la dinámica de la vida.

Igualmente se pudo observar que es importante tener una consideración positiva e incondicional del individuo (Craig y Baucum, 2001), y poder así eliminar todo halago y etiquetas al individuo (Axline, 2002), construyendo un “ambiente” psicológico adecuado construido con respeto y honestidad de tal forma que ambos valores faciliten el crecimiento del individuo (Romero, 2003). Todo esto es importante porque limita al terapeuta a toda serie de juicios valorativos en la conducta del niño, y permite que se exprese dentro de la terapia de juego para poder aprender a expresarse fuera de ésta. Es de esta forma que al niño “agresivo”, no se le nombre como tal, sino que se tenga la oportunidad de conocerlo y sobre todo la oportunidad de que él se conozca a sí mismo para saber ante qué experiencias reacciona agresivo, y no quiere decir que toda su vida sea una persona agresiva. Se trata de ir mas allá de la etiqueta con la que el niño o niña llegue o se le canalice, para poder permitirle ser él o ella misma de forma auténtica y optimizar el desarrollo de su potencial humano.

Posteriormente se observa que el niño es el regulador de sus experiencias y está en sus manos hacer lo que tenga que hacer para lograr una aceptación y permiso para él mismo (Axline, 2002), sólo así obtendrá o podrá generar las habilidades



necesarias para liberarse de aquel impulso que en un instante fue bloqueado y lo inclinó a la agresividad.

Para terminar, se puede decir que al trabajar con los niños se va conociendo lo que ellos quieren que se conozca de ellos mismos, en ocasiones puede ser desgastante pero en cierta forma es vivificante el darse la oportunidad de que el niño se conozca a sí mismo y de que los demás lo acepten tal y como es. En nuestra vida como profesionales de la salud, nos hemos cruzado con niños que han sufrido privación, crueldad, rechazo o maltrato, y pretendemos darles una solución a ese conflicto interno, pero hacemos a un lado una herramienta útil: la postura existencial humanista que no es más que la aceptación incondicional, la congruencia y la empatía con él y para el otro. West (1994) menciona: “en ocasiones la terapia de juego es absorbente, recompensante, demandante y frustrante, pero también existe la dicha suprema del logro, de que nunca podremos ser perfectos pero existe el deber de prepararnos tan bien como podamos ya que un segundo lugar no es lo suficientemente bueno” (p. 201).

En conclusión O’ Connor (2000) menciona que en su experiencia, la terapia de juego no es una herramienta totalmente útil, debido a que no es apta para todos los casos, es decir que se necesita seleccionar a los niños que realmente requieran la ayuda de ésta. Entonces este trabajo se cerraría con la siguiente pregunta ¿Cuál es la referencia o criterio de inclusión - exclusión al trabajo desde la terapia de juego en la realidad actual, fuera de una guerra mundial, pero dentro de una sociedad abundantemente conflictiva que espera su juicio a través del otro, en lugar de lograr su autoconcepto y poder trascender?

## REFERENCIAS

1. Axline, V. (2002). *Terapia de juego*. (18ª Ed.) México, D.F: Diana.
2. Boris, N. y Dalton, R. (2004). Trastorno por conducta perturbadora. En: Behrman, R., Kliegman, R. y Jenson H. (Eds.), *Nelson Tratado de pediatría*. (88-90) Madrid: Elsevier.
3. Caballo, V. (2006). *Manual de evaluación y entrenamiento de las habilidades sociales*. España: Siglo XXI de España Editores.
4. Cattanach, A. (2003). *Introduction to play therapy*. Nueva York: Psychology Press.
5. Crenshaw, A. & Mordock, J. (2007). *A Handbook of Play Therapy with Aggressive Children*. Estados Unidos de Norteamérica: Rowman & Littlefield.
6. Craig, G. y Baucum, D. (2001). *Desarrollo psicológico*. México, D.F.: Pearson Educación.
7. Delval, J. (1996). *El desarrollo humano*. España: Siglo XXI.
8. Ellis, A., Abrams, M. & Dengelegi A. (2008). *Personality Theories: Critical Perspectives*. California: SAGE.
9. Ferland, F. (2005). *Jugamos? el juego con niñas y niños de 0 a 6 años*. Madrid: Narcea.
10. Klinkhamer – Steketee, H-T. et Tøye N. (1997). *Psychotherapie par le jeu*. Bélgica: Mardaga.

11. Grandmont, N. (1999). *Pédagogie du jeu: Jouer pour apprendre*. Bélgica: De Boeck Université.
12. González, G. (1991). Concepto de la naturaleza del ser humano. En: *El enfoque centrado en la persona. Aplicaciones a la educación*. (33-40). México, D.F.: Trillas.
13. González, G. (1991). Tres condiciones, tres actitudes. En: *El enfoque centrado en la persona. Aplicaciones a la educación*. (87-114). México: Trillas.
14. González, G. (2006). Comunicación humana y técnicas que facilitan la comunicación humana. En: *El niño y la educación. Programa de desarrollo humano: niveles primaria y secundaria*. (63-93). México, D.F.: Trillas
15. Goñi, A. (1999). *Psicología de la educación sociopersonal*. Madrid: Editorial Fundamentos.
16. Jerry M. y Mina K. (2006). Tratado de psiquiatría de la infancia y la adolescencia. España: Elsevier.
17. Lafarga, J. y Gómez del C. (2003). Contexto histórico del enfoque centrado en la persona. En: *Desarrollo del potencial humano: aportaciones de un psicología humanista*.(24-55).México, D.F.: Trillas.
18. Landreth, G. (2001). *Innovations in play therapy: issues, process, and special populations*. Nueva York: Routledge.
19. Landreth, G. (2002). *Play therapy: the art of the relationship*. Nueva York: Routledge.

20. Marcelli, D. (2007). *Psicopatología del niño*. España: Elsevier Masson.
21. Martínez M. (1999). Una concepción humanista del hombre (Capítulo 4.) y El dialogo como método. En: *La psicología humanista un nuevo paradigma psicológico*. México: Trillas
22. Minerva, C. (2002). El juego: una estrategia importante. *EDUCERE*, 6, 19, 285-296.
23. Naranjo, M. (2004). *Enfoques humanístico-existenciales y un modelo ecléctico*. Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
24. Ortega, R. (1999) Violencia, agresión y disciplina. En; Fernández, I. (Ed.). *Prevención de la violencia y resolución de conflictos*. (19-30) España: Nancea.
25. O'Connor, K. & Schaefer, C. (1994). *Handbook of Play therapy: Advances and innovation*. Canada: John Wiley & Sons.
26. O'Connor , K. (2000). *The play therapy primer*. Canada: John Wiley & Sons.
27. Reyes-Navia, R. (1996). *El juego, proceso de desarrollo y socialización: contribución de la psicología*. Bogotá: Coop. Editorial Magisterio.
28. Rogers, C. y Kinget, M. (1971) La respuesta reflejo (Capítulo 3). En: *Psicoterapia y relaciones humanas. Teoría y Práctica de las Relaciones Humanas*. Madrid: Alfaguara.
29. Rogers, C. (1980). *Persona a persona* .Buenos Aires: Amorrortu.
30. Romero, D. (2003). *Terapia ocupacional: teoría y técnicas*. España: Elsevier.

31. Rojas, L. (2002). *Después de romper el silencio: psicoterapia con sobrevivientes de abuso infantil*. Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
32. Sadurni, M., Rostán C. y Serrat E. (2003). *Desarrollo de los niños, paso a paso*. Barcelona: UOC.
33. Sánchez, A. (2005). *Enfoque holístico centrado en la persona*. Argentina: Lea.
34. Sánchez, A. (2006). *Carl Rogers: cómo alcanzar la plenitud*. Argentina: Lea.
35. Shaffer D. (2000). *Psicología del desarrollo: infancia y adolescencia*. México, D.F.: International Thompson Editores.
36. Train, A. (2004). *Agresividad en niños y niñas: Ayudas, tratamiento, apoyos en la familia y en la escuela*. Madrid: Narcea.
37. Turecki, S. y Tonner, L. (2002). *El Niño difícil: Como entenderlo y desarrollar sus cualidades*. Bogotá: Norma.
38. West, J. (1994). *Terapia de juego centrada en el niño*. México: Manual Moderno.